

La Perfecta Devoción a la Santísima Virgen María



(Textos basados en la doctrina enseñada por San Luis María Grignón de Montfort, complementados con las meditaciones del R.P. Gilberto Virard, del Padre Hidalgo S.J. y del R.P. Neubert y recopilado por el Pbro. Jorge González V.)

PRIMERA PARTE

NATURALEZA DE LA PERFECTA DEVOCION

I EN QUE CONSISTE

I.1 ENTREGA TOTAL

La perfecta y verdadera devoción a la Santísima Virgen María o la santa esclavitud Mariana, consiste en una entrega total a nuestro señor Jesucristo por medio de la Santísima Virgen María.

Consiste esta devoción en consagrarnos juntamente a nuestro señor Jesucristo y a la Santísima Virgen María, y por ende es para la gloria de Dios solamente.

La perfecta consagración a nuestro señor Jesucristo por medio de la Santísima Virgen María es la renovación consciente de las promesas de nuestro bautismo.

Por esto la perfecta devoción a la Santísima Virgen María consiste principalmente en un estado de vida de unión con ella, no solamente en un acto de donación total.

En la vida de nuestro señor Jesucristo, la encarnación fue un acto inicial de donde se derivó un estado habitual de sumisión a su Santa Madre que duró toda la vida mortal del Salvador y que se prolongará en cierto sentido por toda la eternidad.

Lo mismo nos pasa a los esclavos de la Santísima Virgen María, **nos constituimos en estado de plena dependencia de Ella por un acto voluntario hecho con reflexión y preparación.**

Después seguimos viviendo bajo esta dependencia unidos en todo con la Santísima Virgen María. Esto nos lleva a ejecutar todas nuestras acciones para Ella, lo que constituye la vida o estado de unión con la Santísima Virgen María.

La esclavitud Mariana consiste entonces en una perfecta consagración de nosotros a nuestro señor Jesucristo por medio de la Santísima Virgen María, entendiendo esta consagración como el espíritu de dependencia de Ella que debe de animar todas nuestras acciones.

I.2 ANALISIS DE LA CONSAGRACION

En la consagración de nosotros a nuestro señor Jesucristo por medio de la Santísima Virgen María, nosotros le damos a la Santísima Virgen María:

1. **“Nuestro cuerpo con todos sus sentidos y con todos sus miembros”** considerados como principio de toda operación vital.
2. **“Nuestra alma con todas sus potencias”** igualmente consideradas como principios de toda operación intelectual y humana, ya que todas estas provienen ya sea del entendimiento o ya sea de la voluntad. (Por estas dos primeras donaciones consagramos pues nuestra naturaleza entera a la Santísima Virgen María).
3. **“Nuestros bienes exteriores”** que se llaman de fortuna, bienes materiales, presentes o futuros.
4. **“Nuestros bienes espirituales”** que son nuestros méritos, nuestras virtudes y buenas obras pasadas, presentes y futuras. Es preciso dar a la Santísima Virgen María todo lo que tenemos en el orden de la naturaleza y de la gracia; todo lo que podamos tener en el porvenir tanto en el orden de la naturaleza como en el de la gracia y la gloria, es decir que nuestra misma felicidad celestial hace parte por anticipado de nuestra consagración.

Esta donación es por la tanto:

- a) **Ilimitada en la duración:** es decir que se extiende a la eternidad, porque la muerte que pondrá fin a nuestra vida no la pondrá a nuestra consagración.
- b) **Gratuita y desinteresada:** es decir el esclavo de amor sabe que será recompensado, pero no por eso se consagra. Lo haría con el mismo amor si no esperara retribución.

I.3 SENTIDO DE LA DONACION DE NUESTRAS BUENAS OBRAS

Por la consagración todo lo damos a la Santísima Virgen María. Hay no obstante una distinción por lo que atañe al objetivo final de nuestra donación.

- a) Los méritos siendo estrictamente personales son por el mismo hecho incomunicables o intransferibles. Luego si le damos a la Santísima Virgen María nuestros méritos, nuestras gracias y

virtudes, no es para que Ella los comunique a otros ni para que se los apropie, sino para que nos los conserve, aumente y embellezca.

Nuestros actos que ordinariamente están mancillados por el amor propio u otros defectos en la intención con que los ejecutamos, al ofrecerlos a la Santísima Virgen María quedan purificados y embellecidos.

Ella embellece los méritos del esclavo añadiendo a estos algunos méritos suyos propios; es decir, Ella aprovecha esta súplica de intercesión que le hacemos para renovar la ofrenda de sus propios méritos y quedando así restablecido el orden de la caridad, el valor meritorio produce su efecto. La ofrenda pequeñita del esclavo de amor provoca entonces la ofrenda de la Santísima Virgen María soberanamente agradable a la divina Majestad, y por eso dice San Bernardo: *“Cuando queráis ofrecer algo a Dios, ofrecedlo por las manos agradabilísimas y dignas de la Santísima Virgen María para que siempre seáis bien acogidos”*.

b) El valor satisfactorio y el impetratorio de nuestras buenas obras puede ser aplicado o bien en nuestro favor o también en provecho de los demás.

Estos valores los entregamos a la Santísima Virgen María para que los comunique a quien le parezca y para la mayor gloria de Dios. Y como damos a la Santísima Virgen María no solo cuanto ya tenemos sino también cuanto podamos obtener en el porvenir, englobamos aun el valor de los sufragios que se ofrecerán por nosotros después de nuestra muerte. No los podremos aprovechar sino en conformidad con la voluntad de la Santísima Virgen María. Es como quien renuncia a una herencia a favor de otro el cual se encargará de atender a las necesidades de aquel.

I.4 ES LA MEJOR MANERA DE CONSAGRARNOS A JESUCRISTO

Esta consagración es la más perfecta, porque damos todo lo que es posible dar, y hacemos esta ofrenda mediante las manos de la Santísima Virgen María.

Si ahora se le compara con las otras consagraciones, estas no exigen sino una parte de nuestro tiempo, una parte de nuestras buenas obras, una parte de nuestras satisfacciones. La perfecta consagración, lo entrega todo hasta el derecho de disponer del valor satisfactorio e impetratorio de nuestras buenas obras.

Las congregaciones y las órdenes religiosas obligan a renunciar a los bienes del mundo por el voto de la pobreza, a los bienes del cuerpo por el voto de castidad y a la propia voluntad por el voto de la obediencia; pero ninguna obliga a sacrificar el derecho que uno tiene de disponer de sus riquezas espirituales. Esta consagración exige el mayor desprendimiento que es posible o sea de aquello que al principio le es más caro: sus méritos y sus satisfacciones. Por eso es la más perfecta de todas las consagraciones.

Esta consagración coloca al esclavo de amor en la imposibilidad de disponer de cualquier cosa. No obstante el esclavo puede y debe cumplir las obligaciones de su propio estado cuando versan sobre la aplicación de la Santa Misa; él no tiene porque inquietarse al ofrecer el santo sacrificio por una persona determinada, está cumpliendo un acto de su sagrado ministerio; si recibe estipendio no podría aplicar su misa por las intenciones de la Santísima Virgen. El debe de hacer su consagración según el orden de Dios y los deberes de su estado.

Luego entonces la consagración se dirige juntamente a la Santísima Virgen María y a nuestro señor Jesucristo. La Santísima Virgen María es simplemente el medio perfecto elegido por nuestro señor Jesucristo para unirse a nosotros y nosotros unirnos a Él como a nuestro último fin, nuestro Redentor y nuestro Dios.

No es necesario hacer dos actos de ofrendas diferentes. La Santísima Virgen María conduce necesariamente a nuestro señor Jesucristo a todos aquellos que se entregan plenamente a Ella.

I.5 LA PERFECTA DEVOCION A LA SANTISIMA VIRGEN MARIA EQUIVALE A LA PERFECTA RENOVACION DE LOS VOTOS O PROMESAS DEL BAUTISMO

¿Qué relación hay entre las promesas del bautismo y la perfecta consagración a la Santísima Virgen María? Esta contiene eminentemente todo lo que encierran las promesas del bautismo y añade elementos muy dignos de aprecio.

Esta consagración en efecto ofrece tres ventajas considerables que le dan la prioridad o primacía tanto en importancia como en eficacia con respecto a las promesas bautismales:

1. Esta entrega no se hace por procurador como se efectúan ordinariamente los compromisos del bautismo, sino que se hace con pleno conocimiento de causa y por consiguiente puede ser más fielmente observada.

2. Esta entrega asegura expresamente la mediación de la Santísima Virgen María con todas las ventajas anexas a esta mediación con respecto a la mayor gloria de Dios, nuestra defensa y nuestra perseverancia en los buenos sentimientos. Pues aunque la Santísima Virgen María intervino en la gracia que recibimos con nuestro bautismo, porque como medianera universal no es necesario recurrir expresamente a Ella para que intervenga eficazmente, el recurso explícito hace su intercesión más íntima y fecunda; esta es la ventaja de la Santa Esclavitud.

3. Esta consagración da a nuestro señor Jesucristo por medio de la Santísima Virgen María el valor satisfactorio o impetratorio de nuestras buenas obras, lo que no hace la consagración bautismal y por consiguiente honra a la Santísima Virgen María mucho más.

Los hombres no recuerdan sus promesas hechas en su bautismo. Estas promesas contienen una renuncia y una promesa.

La renuncia: Los hombres en el bautismo renuncian al demonio y a sus pompas, es decir a sus fiestas, espectáculos pecaminosos y otros medios que Satanás organiza para perder las almas.

La promesa: En el bautismo los cristianos prometen a sí mismos fidelidad a nuestro señor Jesucristo.

Porque no basta con renunciar a Satanás sino que además se requiere darse a nuestro Señor; al vaciarnos del espíritu del mundo nos llenamos necesariamente del espíritu de nuestro señor Jesucristo.

La promesa principal del cristiano es la que hace en el santo bautismo porque de su observancia depende la obtención de la bienaventuranza. De aquí se sigue la obligación que tenemos de cumplir nuestras promesas bautismales o al menos de volver al buen camino, si tuvimos la desdicha de extraviarnos.

Son muchos los que dan la prioridad a Satanás al cometer el pecado mortal, y esto basta para que las promesas bautismales queden gravemente quebrantadas. ¿Y cuántos otros tienen de cristianos solo el nombre y viven absolutamente como si no tuvieran compromisos con Dios?

Causa de estas transgresiones es el olvido de nuestros compromisos bautismales. La razón de este funestísimo olvido es que quien tomó este compromiso estaba en estado de inconsciencia y si más tarde no es instruido en sus obligaciones no podrá entonces ni ratificarlas ni observarlas.

No obstante, las obligaciones existen aunque este compromiso no fuere ratificado por el bautizado. Pertenece a Jesucristo nuestro señor por derecho de naturaleza y de conquista, y al consagrarnos a Él mediante el bautismo reconocemos sus derechos, no es que pretendamos crearlos. Aunque el adulto no ratifique sus promesas bautismales, estas existen y tienen sus efectos y obligaciones.

San Luis de Montfort ve en la no ratificación de estas promesas la causa de la relajación actual, y es precisamente por la ignorancia o por la poca consideración en que el hombre suele tener los compromisos que otros hacen en su lugar. Por esto la Santa Iglesia aconseja la renovación personal y con solemnidad exterior de dichas promesas, bien sea en la primera comunión, o bien durante los santos ejercicios; con esta práctica se cosechan frutos muy copiosos y de manifiesta utilidad.

¿Quién no ve entonces las ventajas irrefutables y la oportunidad y conveniencia de la consagración de la Santa Esclavitud? Ella es una renovación de las promesas del bautismo tomando el camino más perfecto para ir a nuestro señor Jesucristo, el cual no es otro que el de la Santísima Virgen María.

Esta consagración renovada periódicamente en algunas fechas memorables o cada día mediante la fórmula breve, mantiene continuamente el recuerdo de los compromisos y hace esperar los más consoladores resultados.

Esta consagración no comunica la impecabilidad, las pasiones permanecen y las caídas son siempre posibles; pero la luz que llena el alma excitará pronto la voz del remordimiento y hará encontrar en una penitencia pronta y en una confesión sincera la paz de la conciencia y la alegría de una vida cristiana sin reproche.

II EXCELENCIA DE ESTA DEVOCION

II.1 DEVOCIONES VERDADERAS Y DEVOCIONES FALSAS

Hay unas notas precisas para distinguir la devoción verdadera a la Santísima Virgen María, de las que son aparentes y falsas.

1. **Debe ser interior**; es decir que no se limite a prácticas exteriores cumplidas mecánicamente y sin atención, sino que sean fruto del espíritu y de sincero amor.
2. **Debe ser tierna**, o sea que debe encerrar una confianza absoluta de María como la de un niño en su Madre en toda situación espiritual o temporal.
3. **Debe ser santa**, es decir que lleva al alma a evitar el pecado y a imitar las virtudes de la Santísima Virgen María.

4. **Debe ser constante**, o sea que no parezca a la luna que crece y decrece, aparece y desaparece, vive y muere casi al mismo tiempo.
5. **Debe ser desinteresada**, que lleve al abandono más completo en la voluntad divina a base de una indiferencia absoluta con respecto a las criaturas.

No es una devoción entusiasta en los momentos de fervor y deprimida en los de aridez; el verdadero devoto ama a la Santísima Virgen María no porque espere interesadamente algo de Ella, sino que la honra con amor de benevolencia en sumo grado.

II.2 PRACTICAS INTERIORES Y EXTERIORES

La verdadera devoción a la Santísima Virgen María tiene prácticas interiores y prácticas exteriores.

Entre las primeras se encuentran el meditar sus virtudes y sus actos; contemplar sus grandezas, invocarla cordialmente, agradecerle, ponerse bajo su protección y hacer y padecer todo por agradecerle.

Las prácticas exteriores son entre otras: mortificarse y dar limosna en su honor, entrar en las cofradías que llevan su nombre, recitar devotamente las oraciones a Ella dirigidas, cantar en su honor, adornar sus altares, preparar y celebrar festividades, difundir su medalla, consagrarse a Ella, etc.

Todas estas prácticas son muy buenas siempre que se cumplan con rectitud de intención, atención, devoción y modestia.

Pero la perfecta devoción a la Santísima Virgen María comprende algo más:

a) Es una entrega total que hace a Nuestra Señora dueña y propietaria del valor satisfactorio e impetratorio de todos nuestros actos.

b) Nos hace comenzar, continuar y concluir todas nuestras acciones por Ella, para Ella y en Ella, a fin de hacerlas por Jesús, con Jesús, para Jesús, y en Jesús nuestro último fin.

II.3 EL PORQUE DE LA EXCELENCIA

Entregarse así a nuestro señor Jesucristo por la Santísima Virgen María es imitar a Dios Padre que no nos ha dado a su hijo sino por la Santísima Virgen María, ni nos comunica sus gracias sino por Ella. Es imitar a Dios Hijo que no ha venido a nosotros sino por Ella, y como nos ha dado ejemplo para que según hizo El hagamos nosotros, nos ha invitado a ir a El por el camino que El ha venido, el cual es la Santísima Virgen María. Es imitar al Espíritu Santo, que no nos comunica sus gracias y dones sino por María.

Ir de este modo a Jesús por la Santísima Virgen María es verdaderamente honrar a Jesucristo, pues es dar a entender que no somos dignos de acercarnos directamente por nosotros mismos a su infinita santidad y que nos hace falta su Santísima Madre, para que sea nuestra abogada y medianera con nuestro medianero que es El. Esto es al mismo tiempo acercarnos a El cómo medianero y hermano nuestro, y humillarnos ante El cómo nuestro Dios y nuestro Juez; es en una palabra practicar la humildad que arrebató siempre el corazón divino de Jesús.

Entregarse así a la Santísima Virgen María es ejercer la caridad en el más alto grado:

1. Para con Dios, puesto que la Santísima Virgen María a quien se ha cedido el valor de las buenas obras, conoce perfectamente dónde está la mayor gloria de Dios, siendo por consiguiente sus intenciones mucho más conformes que las nuestras con el beneplácito divino
2. Para con el prójimo, pues damos a la Santísima Virgen María lo que más apreciamos para que de ello disponga a favor de vivos y muertos.

La Santísima Virgen María que es Madre de la misericordia y que en amor y generosidad nunca se deja vencer de nadie, se da toda entera y de una manera inefable a quien le hace entrega de todo.

Ella le hace anegarse en el abismo de sus gracias, le adorna con sus méritos, le apoya con su poder, le esclarece con su luz, le abraza con su amor, le comunica sus virtudes y le proporciona todo cuanto atañe a su cuerpo y a su alma; le defiende de sus enemigos y le conduce y dirige a obrar siempre en conformidad con la voluntad de Dios.

Esta devoción es camino fácil, corto, perfecto y seguro para llegar a la unión con Dios.

Camino fácil, que ha sido abierto por Jesucristo viniendo a nosotros y en donde no hay obstáculo alguno para llegar a El.

Camino corto, o sea que en poco tiempo nos lleva a Jesucristo.

Camino perfecto, es decir camino sin lodo, sin polvo, sin la menor inmundicia de pecado, único que ha tomado la Sabiduría Encarnada para venir de la manera perfecta hacia nosotros.

Camino seguro, o sea que nos conduce a Jesucristo y a la vida eterna de una manera recta y eficaz, sin desviarnos a derecha ni a izquierda, pues el oficio de la Santísima Virgen María no es otro que el de conducirnos a Jesús.

Esta devoción proporciona una gran libertad interior; porque como por Ella nos hacemos esclavos de Jesucristo consagrándoselo todo a El en calidad de tales, este generoso Dueño en recompensa de la cautividad amorosa a que nos sometemos:

1. Quita del alma todo escrúpulo y temor servil, que solo es capaz de estrecharla, cautivarla y embrollarla.
2. Ensancha el corazón por medio de una segura confianza en Dios, haciendo que le mire como Padre.
3. Inspira un amor tierno y filial.

Esta devoción es admirable medio para perseverar en la virtud y ser siempre fieles a Dios; pues con ella se toma por depositaria de todos los bienes de naturaleza y de gracia a la Santísima Virgen María y entonces nos fiamos en su fidelidad, nos apoyamos en su misericordia y caridad, para que conserve y aumente nuestras virtudes y méritos a pesar del demonio, del mundo y de la carne, que se esfuerzan por arrebatarlos.

III MOTIVOS PARA ABRAZAR ESTA DEVOCION

Varios son los motivos que nos impulsan a abrazar esta devoción perfecta.

III.1 MARIA SE DA PLENAMENTE A SU ESCLAVO DE AMOR

La Santísima Virgen María purifica las obras de sus esclavos y las hace aceptas a Dios

III.2 LA EXCELENCIA DE ESTA CONSAGRACION A JESUS POR MANOS DE MARIA

Si servir a Dios es reinar, mientras más nos le consagremos a su servicio mayor será nuestra dignidad. Además si el Señor ha prometido dar el ciento por uno a quienes se sacrifican a El, la ofrenda de los bienes espirituales en la forma que lo exige la santa esclavitud tiene un valor inmenso, puesto que comprende cuanto somos, podemos y tenemos, es decir, todo cuanto nos es posible dar a Dios.

III.3 ES MEDIO RAPIDO PARA LLEGAR A LA UNION CON DIOS

La vida cristiana consiste en estar unidos a Cristo Señor nuestro como un sarmiento de la vid se une a ésta, como un miembro del cuerpo está unido a la cabeza. Por consiguiente, la espiritualidad que conduce más rápidamente a esta unión será la más ventajosa para el alma, y tal es la devoción de la Santa Esclavitud como lo prueba Montfort cuando demuestra que esta devoción a la Santísima Virgen María es el camino fácil, seguro y alegre para llegar a Dios.

III.4 ESTA ESCLAVITUD PROCURA UNA GRAN LIBERTAD INTERIOR

Porque el Señor como retorno de esta completa entrega libra al esclavo de temores serviles y de escrúpulos; dilata el corazón por una santa confianza e inspira un amor tierno y filial, incompatible con las inquietudes de un corazón angustiado.

III.5 ESTA CONSAGRACION PROCURA GRANDES BIENES AL PROJIMO

Gracias a ella se da más en cantidad, más en valor y se alcanzan bienes más apreciables para el prójimo.

Se le da más en cantidad porque se entrega en manos de la Santísima Virgen María todo el valor satisfactorio e impetratorio de todas las obras pasadas, presentes y futuras sin exceptuar lo más mínimo.

Se le da más en valor porque ofreciendo el valor de nuestras obras a la Santísima Virgen María para que por sí misma lo aplique al prójimo, nos preservamos de la vanidad que ordinariamente acompaña a la práctica del bien; y además porque el mérito de estas obras al pasar por las manos de la Santísima Virgen María reciben un acrecentamiento de pureza, de suerte que atraen mayor misericordia.

Al prójimo se le obtienen bienes más apreciables. Estos bienes son la conversión de los pecadores y la liberación de las almas del purgatorio. Convertir un pecador es hacerlo participante de la vida divina, es hacerlo hijo de Dios y heredero de la bienaventuranza. Librar un alma del purgatorio es ponerla en posesión de Dios a quien ello glorificará por toda la eternidad. Y estos bienes se pueden

obtener sin salirse del cumplimiento de los deberes de estado y sin saberlo hasta la hora de la muerte, simplemente porque uno se ha entregado a la esclavitud de la Santísima Virgen María.

Este motivo es poderosísimo para comprometer a un hombre verdaderamente caritativo a abrazar esta práctica. ¡Cuánta gloria podrá reportarle en el cielo!

III.6 ESTA CONSAGRACION ES UN MEDIO ADMIRABLE DE PERSEVERANCIA

Porque por esta devoción uno confía todo cuanto tiene a la Santísima Virgen María y se apoya únicamente en su socorro para no exponerse a perderlo.

La Santísima Virgen María que es depositaria fidelísima y protectora poderosa, que nos ama con amor no sólo afectivo sino efectivo y eficaz, no permitirá, merced a la abundancia de gracias que dará a sus esclavos, que retrocedan en la virtud y menos que perdiendo la gracia santificante caigan en el infierno.

¿Cómo pensar que la Santísima Virgen María escatimará sus gracias a quien todo se lo ha dado? Por lo que uno le dé, ella retornará con lo mucho que posee poniendo todo su crédito ante Dios al servicio de su esclavo de amor. A condición si de que abandonándose éste a su socorro no vaya a caer en la presunción; pues la protección de la Santísima Virgen María no dispensa a nadie de trabajar por adquirir las virtudes y domar las pasiones.

III.7 MARIA AMA CON PREDILECCION A SUS ESCLAVOS DE AMOR

Un corazón humano no rechaza su amor a quien le dé el suyo. Ella ama a sus esclavos porque ellos la aman como a verdadera Madre y este amor multiplica la fuerza y la dulzura del suyo; los ama con predilección porque ellos se le han consagrado libre y amorosamente llegando así a constituirle la porción y herencia de la Santísima Virgen María.

Los ama tierna y eficazmente y como Rebeca con Jacob espía la ocasión de hacerles bien, les da buenos consejos, les hace morir al hombre viejo inspirándoles el deseo y dándoles fuerza para romper con el pecado y llevar una vida virtuosa; les despoja de su amor propio e inclinaciones naturales llevándolos a renunciar a sus disposiciones personales para adaptar las de Ella y, les purifica de sus manchas ayudándoles a producir actos de penitencia sincera y de ferviente amor que los reintegrarán en el orden querido por Dios.

La Santísima Virgen María reviste a sus esclavos como Rebeca a Jacob con vestidos limpios y nuevos, preciosos y perfumados con los méritos de nuestro Señor Jesucristo de los cuales es tesorera y los comunica muy legítimamente a quien Ella quiere, cuando Ella quiere, como Ella quiere y en la medida que lo quiere hasta obtenerles la bendición del Padre Celestial.

La Santísima Virgen María sostiene íntegramente a quienes se han dado a Ella. Porque los esclavos se abandonan plenamente en la Santísima Virgen María en cuerpo y alma en el tiempo y en la eternidad, la Santísima Virgen María en retorno los sostiene de todo en cuanto al cuerpo y en cuanto al alma para la vida natural y la sobrenatural, porque son como Jacob para Rebeca sus hijos predilectos.

Ella conduce y dirige, defiende y protege a sus esclavos de amor, bien sea directamente o bien por medio de los ángeles que tiene a sus órdenes en el cielo.

La Santísima Virgen María finalmente intercede de manera especial por sus esclavos. Intercede para obtenerles de Dios las bendiciones divinas todos los instantes de su vida terrestre y durante la eternidad.

Elimina de ellos cuanto no está conforme con la voluntad de Dios, los reviste de los méritos de Jesús y de los suyos propios y vela porque Jesucristo viva en ellos librándoles de las acechanzas de sus enemigos para que permanezcan en gracia.

III.8 EL EJEMPLO DE JESUS, SABIDURIA ENCARNADA

La consagración montfortiana considera a Jesús como la Sabiduría Encarnada y nos hace implorar como gracia especial, en su misma fórmula, la plena posesión de esta misma Sabiduría Divina y por consiguiente, su espíritu de dependencia Mariana.

Tomando en el seno de la Santísima Virgen María la forma de esclavo y sometándose voluntariamente a la Santísima Virgen María, en todos sus misterios, el Verbo, Sabiduría Divina, se ha revelado en verdad, como el ejemplar vivo y permanente de nuestra dependencia de Ella. Queramos imitar y glorificar esta manifestación de la Infinita Sabiduría.

Estemos muy seguros de que entregando a la Santísima Virgen María nuestro cuerpo y nuestra alma, nuestros bienes naturales y sobrenaturales, dejándole sin interés alguno la administración de todo nuestro haber espiritual, nos adelantamos a los deseos de Nuestro Señor Jesucristo.

Porque será siempre la alegría del Corazón de Jesús saber que hemos comprendido y seguido su ejemplo. Primero que todos, El lo ha dado todo a su Madre, atestiguándole confianza absoluta. Él le ha entregado su Divina Persona, reduciéndola a una impotencia exterior desconcertante, en los misterios de su niñez.

Le ha dado todo su amor de Hijo hasta querer que su Madre compartiese con El nuestra redención.

Sobre la Cruz no ha querido depositar su vida en las manos de su Padre sino con el consentimiento de esta Madre Corredentora, lo cual explica la presencia y la actitud de la Santísima Virgen María en el Calvario. Aún sobre la Cruz antes de morir, la ha hecho el don de sus conquistas todos los redimidos por El, de todos sus hermanos predestinados, en la persona de su muy amado apóstol San Juan.

Y habiendo subido al Padre, le ha dado todos sus bienes. Por esto, convida a la Santísima Virgen María a unirse con Él en el cielo, en cuerpo y alma, para darle todos sus tesoros, todos sus méritos adquiridos, todas sus gracias, todos los dones del Espíritu Santo; para que Ella disponga de ellos a su voluntad, los distribuya como quiera, a quien quiera, tanto como quiera y cuando quiera.

Así, aun en el cielo, Jesús mantiene su dependencia total y filial de Ella, haciendo brillar su Sabiduría a la vista de todos los bienaventurados.

Darnos enteramente a la Santísima Virgen María es imitar y glorificar a Jesucristo, Sabiduría Encarnada. La perfección de la Santa Esclavitud está fundada en la eterna dependencia Mariana del Salvador. Hacemos nuestra esta manifestación constante de su amor filial, de su piedad de hijo de María. Queremos hacer nacer en nuestro corazón los sentimientos de su corazón hacia su

Santísima Madre, en perfecto con la recomendación de San Pablo a los Filipenses (11-5). “Tened los sentimientos, las profundas intenciones de Jesucristo”.

Las almas fervientes, tienen presentes estas palabras para su mayor progreso espiritual. Todas las órdenes religiosas, cualquiera que sea la forma particular de su espiritualidad, la reivindican para ellas, porque no hay ninguna que no quiera reproducir un misterio de la vida de Jesús o un rasgo de su fisonomía moral. Pero los esclavos de amor de Nuestra Señora, la quieren reproducir en todas las excelencias de su verdad, porque su peculiaridad es contemplar en el alma del Verbo Encarnado lo que constituye la nota dominante de todos sus misterios: su obediencia a la Santísima Virgen María, signo sensible de su obediencia al Padre Celestial. Esta filial sumisión de Cristo en toda su vida terrestre, hasta la muerte y aun más allá en su vida celeste, es el ideal que quieren realizar en el seno de la Iglesia militante.

¿Cómo podrán imitar ellos su donación?

Jamás nos daremos a la Santísima Virgen María como Jesús se le ha dado. Nunca nuestro amor llegará a la elevación e intensidad del suyo. Cierto es, sin embargo, que la total donación a Nuestra Señora nos aproxima tanto como es posible a esta sabiduría infinita, tal como se ha manifestado y se manifiesta siempre en el misterio de su encarnación.

IV EFECTOS DE LA SANTA ESCLAVITUD

IV.1 PRIMER EFECTO

Da al esclavo el conocimiento propio y la destrucción de toda confianza en sí mismo. Es un mérito de la perfecta devoción producir rápidamente en sus practicantes este conocimiento tan necesario en la vida cristiana.

La Santísima Virgen María mediante la luz del Espíritu Santo hace que nos conozcamos, que amemos el desprecio y que no despreciemos a nadie. Esta disposición que suprimirá en el alma todo obstáculo a la acción maternal de la Santísima Virgen María, será el primer efecto de la Santa Esclavitud afirma San Luis de Montfort. Adviértase que la humildad irá acompañada de una fe muy viva y del sentimiento de confianza en Dios que hará al esclavo intrépido, emprendedor y santamente audaz.

IV.2 SEGUNDO EFECTO

La Santísima Virgen María comunica a sus esclavos la gracia del amor puro hacia Dios, libre de todo temor servil y de toda preocupación escrupulosa. Hará que el alma vea en Dios a un Padre lleno de condescendencia y que como el niño pequeño quiera dejarse conducir de la mano, siempre serena, alegre y confiada en el perdón y ayuda de Dios, para que avance en el camino de los preceptos y consejos divinos con santa libertad.

IV.3 TERCER EFECTO

Gran confianza en Dios y en la Santísima Virgen María, porque la Santísima Virgen María para recompensar la entrega que sus esclavos le han hecho de sus méritos, gracias y satisfacciones, les comunica sus virtudes y los reviste de sus propios méritos.

Aún más, Ella se da a sí misma a quienes se le han dado íntegramente; pues Ella no se deja vencer en generosidad y tal intercambio es para los esclavos el fundamento de su confianza plena.

La Santísima Virgen María será entonces nuestra riqueza: “la recibió el discípulo en lugar de todo lo suyo”; nuestra fuerza, la prenda de nuestra fidelidad y nuestro único tesoro. ¿Quién no aprecia entonces el motivo de confianza y las ventajas que esta consagración reporta al esclavo de la Santísima Virgen María?

IV.4 CUARTO EFECTO

Comunicación del espíritu y del alma de la Santísima Virgen María. A medida que el alma avanza en la práctica fiel de esta devoción llegará a un estado en el cual se encontrará totalmente bajo la influencia de la Santísima Virgen María.

El alma de la Santísima Virgen María se nos comunicará no por modo de derivación sustancial lo cual sería un absurdo; ni tampoco acontecerá esto de una manera semejante a la comunión eucarística, porque la posibilidad de esta comunicación descansa en el milagro de la transustanciación y el caso es absolutamente único.

La influencia o comunicación de la Santísima Virgen María es más sencilla. Por el vacío de sí, por la humildad, por el don de la fe viva y penetrante, por el amor puro y el abandono filial, el alma se vuelve extremadamente apta para percibir las mociones de la Santísima Virgen María y dócil para seguirlas.

El alma de la Santísima Virgen María entonces puede comunicar a su esclavo las mociones que ella misma experimenta o simplemente las produce semejantes en él. Como en el Magnificat su alma nos enseña a glorificar al Señor y su espíritu nos enseña a regocijarnos en Dios.

Cuando esta unión de las almas a la de la Santísima Virgen María llegue al grado supremo, la acción del Espíritu Santo será soberanamente eficaz. Ahí precisamente conduce la Santa Esclavitud.

IV.5 QUINTO EFECTO

Transformación de las almas en la imagen de Jesús. Acabamos de ver como el alma perdiéndose en la Santísima Virgen María adquiere la semejanza con su buena Madre. Pero en el seno purísimo de la Santísima Virgen María no ha formado corporalmente más que a Jesús y espiritualmente a las almas semejantes a Él.

He ahí que todas las almas que ahí se encierran estarán seguras y se revestirán de esta divina semejanza. La Santísima Virgen María es siempre el árbol de la vida que produce su fruto doquiera se ha plantado y este fruto no es otro que Jesús. Luego mientras más intensifiquemos nuestro

amor a Ella por el fiel cumplimiento de las prácticas que implica esta Santa Esclavitud, más copioso será el fruto que este árbol bendito produzca en nosotros, es decir, más perfecta será nuestra transformación en Jesús modelo divino de los predestinados.

San Luis de Montfort introduce una comparación genial y es la del molde. Hay dos maneras dice el santo para construir una estatua. La una consiste en esculpirla en un bloque de mármol o de madera; y la otra en servirse de un molde.

El primer procedimiento es muy difícil y lento, pues hay que dar infinidad de golpes y el menor descuido puede perjudicar toda la obra, porque requiere una habilidad y una paciencia sumas. El molde por el contrario si está conforme al modelo que se ha de reproducir, permite obtener una estatua perfectamente semejante, con tal que la materia que ahí se arroje esté suficientemente dispuesta.

Molde divino es la Santísima Virgen María que ninguna deformación ha padecido y en el cual se formó la humanidad sacratísima de Cristo; en él se formarán también con rapidez y seguridad los esclavos que fieles a las prácticas de esta devoción buscan su transformación en Jesús.

No se crea, añade el Santo, que este trabajo pueda lograrse sin ningún esfuerzo, porque el esclavo debe dominar sus inclinaciones desordenadas y reducir en lo posible sus efectos para aportar la docilidad requerida, a fin de que la acción de la Santísima Virgen María no encuentre obstáculo ni resistencia que retarde su efecto o la haga ineficaz.

IV.6 SEXTO EFECTO

El sexto y último efecto que produce la Santa Esclavitud es una consecuencia de todos los anteriores y consiste en la mayor gloria de Dios que con esta práctica procuramos.

San Luis María dice: *“que esta perfecta devoción bien observada dará más gloria a Jesucristo durante un mes que cualquier otra aunque más difícil en el transcurso de años”*.

Todos sabemos en efecto que el mérito de un acto no está en proporción a la dificultad que implica sino al amor con que se cumple; y apoyándose en la naturaleza misma de esta devoción el Santo da cuatro razones para explicar su aserto:

1. Obraréis siguiendo las intenciones de la Santísima Virgen María y no las vuestras.

Todos sabemos la importancia del fin o la intención para determinar el valor de un acto, y por eso las acciones más indiferentes en sí como comer, andar y descansar, pueden llegar a ser meritorias si se cumplen con intención recta y por verdadero amor.

Pero nuestras mejores intenciones están siempre afectadas por alguna imperfección como vanidad, amor propio, vana complacencia y otras más sutiles todavía. Las intenciones de la Santísima Virgen María por el contrario son siempre puras y perfectas, encauzadas siempre a la mayor gloria de Dios.

Renunciar a las intenciones personales por buenas que sean para tomar las de la Santísima Virgen María y dejarse guiar por ellas, es entrar en la sublimidad de estas intenciones. Constituye esto un don inapreciable porque la menor de las acciones de la Santísima Virgen María por ejemplo hilar,

produjo más gloria a Dios que las acciones más estupendas de los hombres y los actos heroicos de los santos.

Ella sola ha dado más gloria a Dios que todos los ángeles y santos juntamente, durante el tiempo y la eternidad. Por eso el que quiere perderse en la Santísima Virgen María y dejarse guiar ciegamente por sus intenciones obrará maravillas, acumulará riquezas espirituales y dará a su Creador toda la gloria que le es debida.

2. Os apoyaréis en las disposiciones de la Santísima Virgen María y no en las vuestras. Con lo cual se practica la humildad, condición necesaria para ser aceptos a Dios

3. La Santísima Virgen María ofrece a Dios vuestras acciones purificadas y embellecidas por sus cuidados. Las purifica de las manchas que hayan contraído por nuestras imperfecciones; las embellece añadiéndoles el mérito de sus acciones personales y las ofrece a su divino Hijo con todo el amor que le profesa.

Jesús es así más glorificado que si se las ofreciéramos por nosotros mismos.

4. La Santísima Virgen María alabará a Dios en lugar nuestro.

La Virgen transmite a Dios todo cuanto dirigimos a Ella personalmente; no guarda para sí el honor que le tributamos y Dios tiene a mucha complacencia esta sustitución. El es infinitamente más honrado por la alabanza de la Santísima Virgen María que por la nuestra y la mayor gloria que podemos tributarle es ir a El por medio de la Santísima Virgen María como lo hace el esclavo de amor.

San Luis María resume así los efectos que produce esta perfecta consagración:

“Los esclavos verán claramente tanto como la fe les permite a esa bella Estrella del mar y llegarán al puerto deseado a pesar de todos los riesgos y tempestades, si dócilmente se dejan conducir”.

“Ellos conocerán las grandezas de su Soberana y consagrándose a su servicio experimentarán sus dulzuras y bondades maternas..., reconocerán las misericordias de que está llena..., recurrirán a Ella en toda circunstancia como a su más querida abogada para con Jesús..., y experimentarán que Ella es el medio más fácil, más corto y más perfecto para ir a Dios”.

V LAS PRÁCTICAS DE ESTA DEVOCION

V.1 PRACTICAS EXTERIORES

Además de la práctica interna de esta devoción, hay otras externas que no se deben omitir ni despreciar aun cuando nada de esta devoción obliga bajo pecado.

1. Celebrar con gran regocijo todos los años la fiesta de la Anunciación o Encarnación del Hijo de Dios, (25 de Marzo) que es la fiesta principal de esta devoción, establecida para honrar e imitar la sujeción en que se puso el Verbo Encarnado por amor a nosotros.

En este día se debe renovar la consagración acompañándola con un pequeño obsequio o tributo de servidumbre a la Santísima Virgen María, como una mortificación, una limosna, una peregrinación, etc.

2. Tener una gran devoción al rezo del Avemaría o salutación angélica y rezar con frecuencia el Magnificat, especialmente después de la Sagrada Comunión, para dar gracias a Dios por sus beneficios y para atraer otros nuevos.

3. Rezar diariamente la coronilla de la Santísima Virgen María, compuesta de tres Padrenuestros, doce Avemarías, tres Glorias y un Credo; que puede rezarse fácilmente diciendo por tres veces un Padrenuestro, con cuatro Avemarías y un Gloria, y terminando con el Credo.

4. Aconseja el Santo de Montfort que los esclavos de la Santísima Virgen María lleven consigo el Santo Rosario o una cadenilla como signo de esta esclavitud, para que en esta señal tengan un perpetuo recuerdo de las cadenas del pecado y de la esclavitud del demonio de que los ha librado el bautismo; de la servidumbre de Jesús que en él prometieron, y de la ratificación que de ella han hecho al renovar sus votos.

5. Los siervos fieles de la Santísima Virgen María deben despreciar, aborrecer y huir del mundo corrompido, tratando de evitar el pecado, y deben conocer y amar a la Santísima Virgen María.

V.2 PRACTICAS INTERIORES O ESTADO DE VIDA DE UNION

Se habrá comprendido que nuestro acto de donación total a la Santísima Virgen María, Reina de los corazones, es solo el principio de una magnífica vida de unión con Jesucristo. Tan comprometedor como pueda aparecer en sí mismo este acto no podrá limitarse a su sola belleza exterior. Su verdadero valor, su riqueza de ofrenda está en un espíritu de dependencia capaz de animar en adelante todos nuestros actos diarios.

Por esto, San Luis María de Montfort propone inmediatamente una fórmula de actividad espiritual que satisfaga completamente las almas resueltas a vivir su consagración

Cuatro palabras: hacerlo todo por María, con María, en María y para María; a fin de hacerlo más perfectamente por Jesús, con El, en El y para El.

Se ve como Montfort une así la rica y profunda doxología del canon de la Misa; pero siempre fiel a su gracia particular de no separar nunca lo que la Eterna Sabiduría ha unido en el plan de nuestra salvación, él pide para mejor glorificar a Cristo Mediador, que nos abandonemos a la influencia de la Santísima Virgen María mediadora en todos los actos.

A quien quiera tener una síntesis de la fórmula montfortniana le diremos:

Por María, es obedecer dócilmente a sus inspiraciones.

Con María, es contemplarla a fin de reproducir su vida y virtudes.

En María, es estar donde Jesús reside y nos comunica su vida divina.

Para María, es servirla y glorificarla en todo.

Más brevemente aún, digamos que debemos hacerlo todo por María, Señora; con María, Modelo; en María, Mansión; y para María, próximo fin.

VI OBRAR POR MARIA

VI.1 EN QUE CONSISTE

Obrar por la Santísima Virgen María es ofrecerle una obediencia constante. *“Obedecerle en todo y conducirse según su espíritu que es el espíritu de Dios”*.

Según un pensamiento de nuestro Santo Montfort, la Santísima Virgen María, desde la encarnación, quedó indisolublemente unida como Esposa del Espíritu Santo, para conducir nuestras almas por las vías de la perfección.

Con el Espíritu Omnipotente, motor soberano de las voluntades, Ella es la motriz suave más apropiada a nuestra debilidad: ambos comunican a nuestras potencias el impulso sobrenatural, principio de los actos meritorios al que solo tenemos que prestar el concurso de nuestro consentimiento.

Consentir u obedecer a las inspiraciones de la gracia, ha sido siempre señal de la verdadera santidad. Los santos son los verdaderos hijos de Dios, porque se dejan conducir en todo por el Espíritu Divino. *“Todos los que son conducidos por el Espíritu de Dios son hijos de Dios”*. (Rom. VIII-14). San Pablo emplea intencionalmente el pasivo.

El no dice: los que obran bajo la influencia del Espíritu Divino, sino los que se dejan manejar, los que se dejan llevar por el Espíritu Divino.

La vida sobrenatural, el ser hijos de Dios, se resume en la alegre dependencia, en la conformidad del interior con la influencia divina, en un “adsum” cordial dado a la voz de Dios. Los que se dejan manejar, dirigir, llevar, conducir por el Espíritu Santo, esos son los hijos de Dios.

De la misma manera no somos verdaderos hijos de la Santísima Virgen María, sino en la medida en que la obedecemos y nos dejamos llevar por su espíritu; en la medida en que nos sometemos a su influencia mediadora. La hemos escogido por nuestra Madre y Señora precisamente para ser modelados por sus manos, con fisonomía de hijos agradables al Padre Celestial.

Necesario es entonces decir que la práctica interior “por María” fielmente vivida, se resume en la sola docilidad.

Docilidad a estos maestros íntimos que coordinan en nuestro interior su fuerza y su suavidad para nuestra santificación. El esclavo de amor es esencialmente un alma obediente, filialmente obediente en todas sus obligaciones: alma que no resiste, que nunca se opone a la gracia, que no obstaculiza la dirección de su Soberana. El santo espíritu de la Santísima Virgen María viene a ser progresivamente su propio espíritu.

El alma se adiestra en esta docilidad por una continua renuncia unida al abandono. Renuncia propia, abandono en la Santísima Virgen María, son las condiciones indispensables indicadas por Montfort.

VI.2 RENUNCIAMIENTO

Hemos visto que nuestro Señor pone la renuncia como punto de partida de toda vida espiritual cuidadosa de avanzar. Siendo tan tenaz el apego que tenemos a nuestra propia personalidad, hay que volver constantemente a este punto de partida. La práctica “por María” exige al principio de cada acción nuestra renuncia a todo movimiento natural opuesto a la gracia.

Al levantarnos, renunciar a la pereza inherente a nuestro pobre cuerpo, primera victoria para ofrecer a la Santísima Virgen María. Antes de orar renunciar a las distracciones de la imaginación.

En la Misa despreocuparnos del trabajo del día. Antes de la comunión en particular renunciar a nuestras disposiciones aun muy buenas que nos haga ver nuestro amor propio.

En nuestras ocupaciones renunciar a puntos de vista humanos, egoístas, interesados. Ante un contratiempo en que interviene la caridad, renunciar a la comodidad y tranquilidad. En el apostolado renunciar a toda vanidad y ostentación.

Esta renuncia debe ser inmediata, sin sombra de vacilación. Debe brotar de una voluntad resuelta a aprovechar la gracia actual que se presenta en forma de luz interior, de inspiración y movimiento hacia el bien. Contemporizar con la naturaleza sería confesar una derrota o un retroceso.

¿Por qué esta renuncia inicial? Responde Montfort: “porque las tinieblas de nuestro propio espíritu y la malicia de nuestra voluntad si los seguimos se opondrían al santo espíritu de la Santísima Virgen María”.

Aceptemos humildemente esta comprobación de un maestro en la santidad; nuestra experiencia personal la confirma diariamente. ¡Cuántos móviles, que nos avergüenzan y humillan, sentimos subir secretamente de los bajos fondos de nuestra naturaleza aun en nuestras mejores acciones!

Es necesario ahogarlos en germen, ¡que perjuicio para nuestra alma! Una mala intención, si es el único motivo que nos hace obrar, corrompe totalmente una buena acción. Mezclar a nuestras acciones sobrenaturales intenciones más o menos contrarias a la gloria de Dios, es privarnos parcialmente de muchos méritos.

VI.3 ENTREGA Y ABANDONO

A la renuncia debemos unir el abandono. Es preciso entregarse al espíritu de la Santísima Virgen María para ser movidos y conducidos como Ella quiera.

Sería deprimente la perspectiva de nuestra espiritualidad si debiéramos quedarnos en continuas renunciaciones de nuestro espíritu. No se renuncia por el solo hecho de renunciarse, sino por la alegría de entregarse, de unirse, de abandonarse. Así Montfort nos lanza inmediatamente a los brazos y al corazón de la Santísima Virgen María: es preciso ponerse y abandonarse en sus manos virginales

como un instrumento en manos de un obrero, como un laúd en manos de un buen artista, hay que perderse y abandonarse en Ella como una piedra que se arroja al mar.

Todas estas comparaciones son alentadoras, Nuestra unión, nuestro confiado abandono en Ella, nos hace sus instrumentos vivos, inteligentes, amorosamente dóciles. Ya no estamos solos en nuestra acción, la Santísima Virgen María obra sobre nosotros como Dueña y Señora; le ofrecemos nuestra perfecta obediencia de esclavos y por Ella nos mueve y nos conduce al Espíritu Santo, el Amo interior siempre presente. Su acción y nuestro consentimiento se fusionan.

Este acto de abandono se hace en un instante y sencillamente, por una sola mirada del espíritu, o pequeño esfuerzo de voluntad, o verbalmente diciendo por ejemplo: *“renuncio a mí y me entrego a vos Madre querida”*.

Poco importa, que intervenga o no cualquier suavidad sensible en esta unión. Basta la voluntad sincera, generosa, suave y dócil en su abandono. ¡Oh Señor Jesús!, exclamaba Santa Juana de Chantal, no quiero escoger, tocad en mi laúd la cuerda que gustéis, y por siempre jamás sonará en él esta única armonía: si, Señor, sin condición, sin pero”. Digamos esto a la Santísima Virgen María.

El santo Montfort recomienda además la tranquila atención de nuestro espíritu para mantenernos en esta dependencia y abandono. Es preciso renovar de tiempo en tiempo, durante la acción y después de ella, el mismo acto de ofrenda y de unión. En otros términos: cuidemos atentamente durante el día de guardar el contacto y la comunión con el espíritu de la Santísima Virgen María, motor de gracia proporcionado a nuestra debilidad. Es preciso que no se interrumpa la corriente divina, que circula de su alma a la nuestra. Ningún acto, ningún intervalo, ningún instante debe escapar a su maternal empresa.

¡Ay, tan frecuentemente estamos tentados a retroceder! La naturaleza siempre falaz no cesa de reclamar sus pretendidos derechos y se desliza por doquier con mil pretextos de apariencias loable. Tenemos que velar incansablemente si queremos permanecer bajo el influjo sobrenatural y poner en nuestros menores actos la pureza y elevación de que somos capaces.

La dicha del esclavo de amor es el término normal de su perfecta docilidad. Por María, el no obra sino bajo el impulso de los dones del Espíritu Santo. Como hemos visto, la Santísima Virgen María ha tomado la dirección de su vida: Ella habla, ilumina, guía, inspira todo lo que hay que hacer.

Hay almas que experimentan esta gracia sensiblemente como Carolina Clement, alma víctima que se santificó en la esclavitud de de la Santísima Virgen María, quien llegó a decir: *“la Santísima Virgen María se encarga de dirigirme en todo; porque sin que lo piense no puedo hacer nada sin pedirle consejo. Hay veces que está tan presente ante mí, que no puedo olvidarla un instante. Está mi espíritu en una paz tan dulce que me parece por momentos que me mueve y gobierna el espíritu de la Santísima Virgen María; me parece que Ella me hace vivir su propia vida”*.

Obrar por la Santísima Virgen María quiere decir: obedecer en todo a la Santísima Virgen María; dejarse guiar en todo por su espíritu.

Estar en las manos de la Santísima Virgen María es como un instrumento musical en manos de un experto artista; él no pone resistencia, produce todos los tonos, se presta a todos los ritmos, a todos los movimientos que el ejecutante quiera imprimirle. Así debe ser el esclavo de amor en las manos de su Reina. Acepta todas sus intenciones, cede a todos sus impulsos, no pone ninguna resistencia a su acción.

VI.4 VENTAJAS DE OBRAR POR LA SANTISIMA VIRGEN MARIA

1. “Los que son conducidos por el espíritu de la Santísima Virgen María son conducidos por el Espíritu de Dios, porque el espíritu de la Santísima Virgen María es el Espíritu de Dios, pues Ella jamás se condujo por su propio espíritu, sino siempre por el Espíritu de Dios, el cual de tal manera se enseñoreó de Ella que se hizo su propio espíritu”.

De aquí que ponerse bajo su dirección no es otra cosa que ponerse bajo la dirección del Espíritu de Dios. Este espíritu al reinar inmediatamente sobre Ella, reina por medio suyo sobre nosotros.

2. Esta buena Madre presta a los esclavos las disposiciones de su alma para glorificar a Dios y su espíritu para regocijarse en El. Se sienten felices de estar poseídos de ese espíritu, que es espíritu dulce y fuerte, celoso y prudente, humilde y resuelto, puro y fecundo, antítesis sorprendente que muestra muy bien la riqueza de este nuevo estado, capaz de conciliar en una sola persona cualidades tan opuestas.

VI.5 LO QUE REQUIERE EL OBRAR POR LA SANTISIMA VIRGEN MARIA

Dos condiciones son absolutamente indispensables para el alma que se deja conducir por el espíritu de la Santísima Virgen María: el renunciamiento completo a sus propias intenciones, y la aceptación ciega a las intenciones de la Santísima Virgen María.

1. El renunciamiento completo a sus propias intenciones.

Es indispensable hacer de antemano el vacío de todo lo que es espíritu propio, luces propias, voluntad propia. Es necesario renunciar a las disposiciones e intenciones personales, aunque nos parezcan buenas como antes de orar, comulgar, celebrar o asistir a la Santa Misa, etc. Nuestro espíritu está envuelto en tinieblas aunque a nuestros ojos parezca luminoso. Nuestra voluntad está llena de malicia aunque nos parezca sincera. Nuestras acciones están frecuentemente mancilladas aunque a nuestros ojos nos parezcan excelentes.

Todos estos obstáculos impiden al espíritu de la Santísima Virgen María conducirnos como Ella desea.

2. Aceptación ciega de las intenciones de la Santísima Virgen María.

Estas intenciones nosotros no las conocemos, pero sabemos que son siempre muy santas, libres de toda búsqueda de interés personal, conformes a la mayor gloria de Dios.

Sabemos entonces que aceptando las intenciones de la Santísima Virgen María y dejándonos guiar por Ella estamos seguros de agradar a Dios y de trabajar para su gloria.

Para alcanzar prácticamente este resultado necesitamos dos cosas:

a) Hacer en primer lugar un acto de donación total a la Santísima Virgen María. Por medio de ese acto se entrega su propio espíritu para dejarse mover y dirigir por medio de Ella y de la manera como a Ella le plazca, poniéndose en sus manos virginales, como un instrumento entre las manos de un diestro tañedor.

Esta donación no es difícil; para cumplirla basta un instante, una elevación rápida del pensamiento para decir a la Santísima Virgen María con palabras o sin ellas: *“Renuncio a mí y me entrego a vos, querida Madre”*.

No vamos a tener necesariamente y enseguida el aporte de la sensibilidad, pues estamos aquí en el dominio de la pura fe.

Este acto de unión no deja sin embargo de ser verdadero aunque no se experimente ninguna dulzura sensible. Lo mismo que si (lo que Dios no permita) dijéramos con toda sinceridad: “Me voy al diablo”, aunque lo dijéramos sin ningún cambio sensible, no perteneceríamos con menos verdad al demonio.

b) Repetir frecuentemente este acto de donación Se debe de cuando en cuando, durante la obra y después de ella, renovar el mismo acto de ofrecimiento y de unión; y cuanto más así lo hagamos más pronto llegaremos a la unión con Jesucristo, unión que siempre sigue necesariamente a la unión con la Santísima Virgen María, siendo así que el espíritu de la Santísima Virgen María, es el espíritu de Jesús.

Obrar por la Santísima Virgen María es entonces obrar por Cristo; es reconocer el orden establecido por Dios; es seguir el camino que El mismo nos trazó para alcanzar la Majestad infinita. Vayamos al Padre por medio de Jesús, vayamos a Jesús por medio de la Santísima Virgen María.

Para ser dóciles a la Santísima Virgen María: *“Procura someter a Nuestra Señora todo lo que propones hacer, para no obrar nunca sino en su nombre. Consúltale en particular siempre que tomes alguna resolución: Pregúntale que es lo que desea de ti y dile que es lo que te propones hacer”*.

Claro está que no ha de responderte con una revelación. Mas si acudes a Ella con plena confianza, con la sincera disposición de realizar lo que te parezca ser su voluntad, comprenderás de ordinario si aprueba o no tu resolución. Si la aprueba, confíasela para que te ayude a realizarla. Si no, ruega y reflexiona y sométele una resolución más precisa que Ella te pueda aprobar.

No transcurrirá mucho tiempo si la consultas así, con tal que verdaderamente aguardes su respuesta y no consientas que tu actividad se dirija por tus impulsos naturales, sin que notes que al presente adelantas más de prisa en unos días que antes en varios meses.

Y si eres fiel en volverte hacia Ella un instante antes de todos tus actos, diciéndole: “renuncio a mí y me entrego a vos Madre querida”, Ella te dirigirá en todo.

VII OBRAR CON MARIA

VII.1 EN QUE CONSISTE

Esta fórmula significa la imitación, la reproducción del modelo virginal, hecho por Dios expresamente para nosotros. Lo cual reclama la amante mirada de nuestra alma que se complace ante todo en la admiración de su belleza.

Es preciso actuar con la Santísima Virgen María, es decir es necesario en nuestros actos mirar a la Santísima Virgen María como modelo acabado de toda virtud y perfección, que el Espíritu Santo formó en una criatura pura, para imitarle según nuestro corto alcance.

Desprendidos poco a poco de nosotros mismos por el hábito adquirido de la renuncia, entregados y abandonados al espíritu de la Santísima Virgen María nuestro iluminador y conductor, nos es más fácil mirar directamente a la Virgen que vive y obra en condiciones como las nuestras.

Si, henos aquí frente al modelo humano más acabado y también más accesible. La Santísima Virgen María es la imagen perfecta de Jesucristo. No es el sol cuyos rayos vivaces deslumbran nuestros débiles ojos, es como la luna que recibe su luz del sol y la atempera para conformarla a nuestra capacidad. No hay en Ella nada demasiado sublime ni brillante; viéndola, vemos nuestra propia naturaleza.

Es preciso que en cada acción pensemos como la Santísima Virgen María la hizo o la haría si estuviera en nuestro lugar.

Debemos examinar y meditar las grandes virtudes que Ella practicó en su vida.

“Examinar” es la consideración actual de nuestra alma y la del momento presente.

“Meditar”, es la consideración habitual, la de nuestra atracción interior en todo tiempo.

Estos dos medios utilizados con perseverancia, harán del esclavo fiel una copia viviente de su santísima Madre y Señora.

VII.2 LA CONSIDERACION ACTUAL

La investigación actual del examen se dirige a la acción del momento presente.

Nuestra primera acción diaria es levantarnos: miremos a la Santísima Virgen María levantándose en el templo o en Nazareth. ¡Que arranque tan inmediato de su corazón hacia Dios!, ¡que ardiente dilección a su bien amado! Qué acto de ofrenda virginal en ese instante de gracia; hacia El los primeros vuelos de su alma, para El las primicias del día. Con El inmediatamente el diálogo de la oración íntima de corazón a corazón.

Tratemos según nuestra debilidad de imitar este amor y esta pureza en nuestra levantada. Es claro, no se trata simplemente de triunfar de una naturaleza más o menos perezosa, lo que ya debe ser virtud adquirida. Tampoco es cuestión de la simple renuncia pronta y varonil, ni de levantarse a la

primera señal, sino de levantarse con el fervor ardiente de un alma que se lanza inmediatamente en los brazos de la Santísima Virgen María y que recuerda a Jesús, en parte al menos los sentimientos del corazón de su Madre al despertar.

Con la Santísima Virgen María hemos santificado el primer acto de nuestro día. Con Ella santificaremos los demás. Continuémosla mirando bien en nuestras oraciones, Misa, trabajos y relaciones con el prójimo.

En la oración matutina:

Miremos a la Santísima Virgen María en el templo recitando con sus compañeras y dirigidas por sus maestras, los salmos de cada día de la semana que componían la oración matutina. Veámosla después silenciosa, ofreciendo al Corazón de su Dios alguna estrofa inflamada del Cantar de los Cantares. ¿No era ésta su oración preferida?, ¿se encuentra a coloquio más inflamado el Bien amado? ¡Cómo su alma se abrasaba al decir palabras de amor en las que se sentía palpitar al espíritu Santo! Nosotros mismos sentiremos entonces el adelanto en el recogimiento y el fuego en el corazón. Encontraremos ternuras para decir al huésped íntimo, oraremos con la Santísima Virgen María.

En la Santa Misa:

Miremos a la Virgen ofreciendo con su Hijo el sacrificio del Calvario; mirémosla participando del Sacrificio Eucarístico en casa del apóstol San Juan.

En vez de contentarnos con alejarnos de las distracciones, descubriremos en las profundidades del alma de la Santísima Virgen María los sufrimientos inconmensurables soportados por nosotros. Descubriremos su comprensión del sacrificio, el valor santificante de una sola Misa, de una sola comunión, su fuerza de radiación sobre los distintos actos del día.

En el trabajo:

Miremos a la Virgen en el trabajo de su morada de Nazareth. ¡Qué calma!, ¡qué ordenada actividad!, qué vida interior jamás detenida entre los oficios más materiales. El corazón lleva a su mano y el amor a su corazón. Sin apariencia de esfuerzo ni de afán, cada ocupación terminada en su tiempo señalado.

En el trato con el prójimo:

Miremos a la Virgen que acoge a los visitantes en el tiempo de la vida oculta o a los innumerables enfermos durante la vida pública de Jesús. Visitantes y enfermos tenían sus defectos, sus exigencias como los mismos apóstoles; ¡qué caridad, qué dulzura, cuanta paciencia y condescendencia les mostraba siempre la Santísima Virgen María! Tratemos de imitar este modelo accesible y progresaremos en la virtud verdadera.

Al pedirnos el santo Montfort que consideremos en cada una de nuestras acciones el modo de obrar de la Santísima Virgen María, nos pone frente a la virtud sólida, eminente, activada por los dones del Espíritu Santo. Es precisamente la virtud de las almas que avanzan resueltamente por la vía del progreso espiritual.

VII.3 LA CONSIDERACION HABITUAL

Como segundo medio de vivir la fórmula “**con María**”, se recomienda la meditación de las grandes virtudes que la Santísima Virgen María practicó durante toda su vida. Lo que llamamos la mirada habitual de nuestra alma y como el encanto de nuestro interior en todo tiempo.

No hay que decir que en ciertos días de fiesta, en ciertos periodos del año los temas de meditación se imponen. Nada tan sano como respirar a pleno pulmón la vida litúrgica de la Iglesia.

Aún entonces nos es fácil guardar la orientación de nuestra alma hacia la Santísima Virgen María y tratar de profundizar más sus misterios. A la luz de Cristo vemos mejor como Ella ha correspondido a sus privilegios y a todos los llamamientos de su Señor. Ya hemos dicho que no hay un solo misterio de Jesús en el cual no esté presente Ella.

Pero de manera habitual en tiempo ordinario preferiremos la meditación de las virtudes del Corazón de la Santísima Virgen María. No las consideraciones en general, sino una tras otra y en el detalle de su maravillosa expansión. Pocos libros tratan materia tan bella; sin embargo, podemos aplicar a la Santísima Virgen María lo que los mejores autores dicen de cada virtud y también de cada don del Espíritu Santo.

¡Qué atractivo es meditar la virtud, no ardua ni abstracta, ni estampada en un manual, sino atrayente, viva, luminosa, cálida, impregnada de suavidades interiores que aumentan sin cesar!

El hábito de esta meditación invitará y excitará nuestra alma a continuos progresos y a eso tiende esencialmente la práctica interior “**con María**”, a nuestro crecimiento espiritual.

Imitar así incansablemente a la Santísima Virgen María es lo que se llama “seguir sus vías”, señal infalible de predestinación: *“Bienaventurados los que practican mis virtudes y siguen las huellas de mi vida, con el socorro de la divina gracia”* (V.D. No. 200).

Por esto el Espíritu Santo queriendo formarse elegidos en Ella y por Ella, le dijo: *“Esparcid, mi muy Amada y Esposa mía el germen de vuestras virtudes en las almas de mis elegidos para que crezcan de virtud en virtud y de gracia en gracia. Me he complacido tanto en Vos cuando vivíais en la tierra practicando las más sublimes virtudes, que deseo encontraros aún sobre la tierra sin dejar de estar en el cielo. Reproducílos para esto en mis elegidos: que yo vea en ellos complacido las raíces de vuestra fe invencible, de vuestra humildad profunda, de vuestra mortificación universal, de vuestra oración sublime, de vuestra caridad ardiente, de vuestra firme esperanza y de todas vuestras virtudes”*.

El esclavo virtuoso llega a ser entonces la semejanza, la copia viviente de la “ancilla Domini”.

La imitación perseverante de las virtudes de la Santísima Virgen María, no puede dejar de imprimir en nosotros su imagen y semejanza. Nuestra segunda práctica interior ha conseguido plenamente su éxito.

La práctica de obrar “con María”, consiste entonces en mirar a la Santísima Virgen María como modelo acabado de toda virtud y perfección, para imitarla según nuestra capacidad.

Esta práctica implica dos elementos:

1. De nuestra parte: la imitación de la Santísima Virgen María, la reproducción más perfecta posible de las virtudes que Ella misma practicó.
2. De parte de la Santísima Virgen María la unión con nuestros esfuerzos por medio de lo cual el resultado final dependerá más de Ella que de nosotros.

VII.4 IMITACION DE LAS VIRTUDES DE LA SANTISIMA VIRGEN MARIA

Es natural que quien no es capaz de crear una obra grandiosa tiene que inspirarse en un modelo y copiarlo fielmente. Es natural que un niño encuentre en su madre un modelo de perfección y trate de imitarla.

Esta doble tendencia de nuestra naturaleza encuentra su satisfacción en la devoción a la Santísima Virgen María. Primeramente el Espíritu Santo formó en Ella el modelo lo más elevado que se pueda encontrar en una pura criatura.

Todos los que miran a ese modelo en la práctica de todas las virtudes están seguros:

1. De cumplir la voluntad divina
2. De alcanzar la perfección

Por consiguiente la Santísima Virgen María es nuestra Madre: nuestra Madre muy amada, nuestra Madre admirable; Ella es capaz de despertar en nosotros mucho más perfectamente de lo que pueda hacerlo una madre natural, ese sentimiento de admiración que nos lleva a imitarla en todo.

Es menester en cada acción mirar como la Santísima Virgen María la hizo o cómo la haría si estuviese en nuestro lugar. Por consiguiente es necesario poner sus mismas intenciones sobrenaturales: su fe viva, su amor ardiente, su abnegación por la gloria de Dios. Se imitarán todas las virtudes de la Santísima Virgen María, especialmente:

a) Su fe viva. Nuestra actividad sobrenatural está actualmente bajo el dominio de la fe. La luz de una fe viva es entonces absolutamente necesaria para conducirnos, para enseñarnos a apreciar cada cosa en su justo valor. Por eso tratamos de imitar a la Santísima Virgen María y Ella de su parte nos comunicará su fe viva; es decir la fe por medio de la cual Ella creyó sin titubear a las palabras del ángel, no obstante la imposibilidad natural del acontecimiento anunciado.

Por medio de esa fe Ella creyó en la divinidad de su Hijo. Primero durante todo el tiempo de su vida oculta en la que nada de tal dignidad aparecía al exterior; después y sobre todo al pie de la cruz donde todo parecía acabar en el ridículo y en la deshonra. De la misma manera nuestra fe no se dejará impresionar ni por las apariencias contrarias, ni por los insucesos y pruebas de la vida.

b) Su humildad profunda. Esa humildad lleva a la Santísima Virgen María a esconderse, a callar, a someterse en todo y a colocarse en último lugar. Es muy fácil constatar esta humildad de la Santísima Virgen María en toda su vida; antes de la encarnación, durante toda la estancia de Jesús sobre la tierra y después de la ascensión a los cielos.

Para practicar el renunciamiento exigido precedentemente es necesario tener sentimientos de humildad, amar el silencio, el retiro y la dependencia. Esa humildad es igualmente un efecto de la perfecta devoción.

c) Su pureza perfecta. Que no ha tenido ni tendrá jamás igual ni en el cielo ni en la tierra. Ella principió con los esplendores de la Inmaculada Concepción que la elevó por encima de todos los ángeles y de todos los santos y siguió aumentando a cada instante con proporciones incalculables.

La imitación de la pureza de la Santísima Virgen María nos ayudará a planear muy por encima de los desórdenes carnales y a ser siempre dóciles a las inspiraciones de la gracia.

VII.5 ASOCIACION DE LA SANTISIMA VIRGEN MARIA A NUESTROS ESFUERZOS

La maternidad de la Santísima Virgen María con respecto a nosotros y nuestra filiación respectiva son plenamente conscientes.

La semejanza que nos imprimirá y que recibiremos será el fruto de su actividad esclarecida y voluntaria y de nuestra correspondiente y exquisita docilidad.

Algo muy diferente acontece en la maternidad ordinaria; la semejanza (de la madre en el hijo) se imprime sin el conocimiento de la madre ni del hijo y por consiguiente no se da una verdadera colaboración.

La Santísima Virgen María obra en nosotros y nos sometemos amorosamente a su acción. Ella es el molde divino propio para deificarnos en poco tiempo y con poco sacrificio. Somos la materia apta que por sí misma se vierte en dicho molde para su transformación.

El trabajo de la Santísima Virgen María consiste en retocarnos para que nos asemejemos a Jesús su Hijo Divino. Nuestro trabajo consiste en dejarnos rehacer y transformar según este divino modelo.

La realización práctica de esta colaboración está muy bien descrita: “Mirad como procede una madre con su hijito cuando le enseña a dar los primeros pasos o a orar. No sólo ella lo anima con su gesto y con su voz sino que obra con él dándole ejemplo y ayudándole a su debilidad e inexperiencia. Por su parte el niño obra con su madre, pues él la mira, se muestra dócil a su dirección y no se separa de ella”.

Para obrar “con María” debo después de obedecer a su impulso, permanecer bajo su acción e influencia, fijarme en Ella para imitarle, y en caso de necesidad, para levantarme; en fin, debo seguirla sin anticiparme ni retardarme.

De esta manera tenemos perfectamente acordes el obrar “por María y con María”, es preciso entregarnos al espíritu de Ella para ser movidos al comenzar la acción (por María) y para ser conducidos o sostenidos durante la acción (con María) conforme a su querer.

VIII OBRAR PARA MARIA

VIII.1 EN QUE CONSISTE

Para comprender esta práctica recordemos lo que es la naturaleza de la esclavitud. El esclavo no se pertenece, él pertenece a su dueño. Todos los bienes de fortuna que poseía antes de caer en la esclavitud, y todos los que pueda obtener pasan a ser propiedad de su soberano y asimismo todo el fruto de sus labores se cede en beneficio de su propietario.

Como esclavos de la Santísima Virgen María hemos reconocido libre y amorosamente las cadenas que nos unen a Ella. Le pertenecemos tan plenamente que aun en el caso de que Dios no le hubiese concedido este absoluto dominio sobre nosotros, se lo habríamos otorgado por nosotros mismos y con todo amor.

Es justo entonces que realicemos **“para Ella”** todos nuestros actos naturales y sobrenaturales. ¿No son ellos el fruto de nuestra actividad? ¿Y esta actividad no debe fructificar para nuestra buena Reina y Señora? Este pensamiento de que nada nos pertenece de lo que adquirimos por nuestras obras no debe desalentarnos; al contrario: como buenos esclavos no estaremos ociosos sino que apoyándonos en la protección de la Santísima Virgen María emprenderemos grandes cosas por esta augusta Soberana.

Particularmente trataremos de atraer todo el mundo a su servicio y aun trataremos de ganar todos los corazones hacia esta verdadera y perfecta devoción. Y después de todo no pretenderemos de nuestra Dueña en recompensa de nuestro servicio sino el honor de pertenecerle y la dicha de estar unidos mediante Ella a Jesús su Hijo bendito, por lazos indisolubles en el tiempo y en la eternidad.

Para afianzarnos en esta práctica debemos renunciar a nuestro amor propio que tan a menudo vicia nuestras mejores acciones. Al efecto debemos repetir en el fondo del corazón frecuentemente:

“Por vos María mi dulce y buena Madre, vengo aquí o voy allá; hago esto o aquello, sufro tal pena o tal injuria”.

No se trata de acciones extraordinarias sino de las que llenan las horas de nuestro diario vivir y por eso esta perfecta devoción se ajusta a todos los estados y a todo género de vida. Ella no consiste en las acciones mismas sino en el espíritu que las anima y que les da si lo queremos un valor nuevo y una mayor riqueza.

Y este espíritu no es otro que el de María Reina del cielo y de la tierra y especialmente Reina de los elegidos o mejor Reina de los corazones de los elegidos; el invade a los esclavos de amor y los somete plena y espontáneamente a todas las exigencias del dominio de la Santísima Virgen María, a todas las delicadas insinuaciones de su dirección sabia y maternal.

La Santísima Virgen María acepta este imperio sin falsa humildad. Lo ejerce sin desfallecimiento, consciente de cumplir en esta forma la misión que Dios le confiara de santificar a las almas que se abandonan o entregan a Ella. Nada se apropia para sí; no busca sino el llevar esas almas a su divino Hijo, y eso con un amor y un desinterés tan admirables, que no existieran simultáneamente en un corazón de mujer si María no fuera la Virgen Inmaculada, toda de Dios y para Dios sin sombra alguna de interés personal.

Esta fórmula indica el fin próximo de la perfecta devoción: el honor de servir a la Santísima Virgen María y de glorificarla. El santo Montfort lo explica inmediatamente: *“no es que tomemos a María por fin último de nuestros servicios, el cual es Jesucristo únicamente, pero sí como medio fácil para ir a Él”*.

Así nuestra existencia, nuestra vida, nuestro trabajo de esclavos de la Santísima Virgen María, deben ser un continuo homenaje, una incesante alabanza a la Madre de Dios.

Así el fin próximo se une al último fin para no hacer juntos sino un solo y mismo fin. Gloria a Jesús y a Dios sólo. Nuestra donación plenamente vivida justifica el título que le da el santo Montfort: *“consagración de sí mismo por manos de María a Jesús la Sabiduría Encarnada”*.

VIII.2 GRAN PUREZA DE INTENCION

El menor pensamiento de interés personal se desechará absolutamente. Es el desprendimiento completo de sí mismo, la abdicación de todo espíritu de propiedad. Uno se fatiga, trabaja, sufre, soporta todo lo que se presente en provecho de la Santísima Virgen María. Se ganan méritos, se depositan entre sus manos muchísimas oraciones y sacrificios por su gloria personal, para que Ella sea más conocida y mejor amada en el mundo entero.

Como a pesar de todo, el amor propio se desliza imperceptiblemente hasta en las mejores obras, será bueno repetir frecuentemente del fondo del corazón, como aconseja el santo Montfort: *¡Oh mi dueña y Señora querida! Por Vos emprendo esta labor, acepto este apostolado, ejerzo este ministerio, acepto esta prueba, soporto esta contrariedad, sufro esta pena o esta injuria: por Vos este día que principio, por Vos esta misa, esta comunión, el recogimiento de esta acción de gracias; por Vos esos casos imprevistos, esos estorbos, esos retardos de un trabajo urgente; por Vos esta enfermedad, y así en todo.*

Esta fórmula “para María” implica también, “el espíritu de celo”, un celo ilustrado y santamente audaz. En el punto en que estamos, un esclavo de la Santísima Virgen María no puede contentarse con servir y glorificar a su Soberana como si estuviera solo en el mundo. El debe irradiarla lo más posible en torno suyo.

No hay que permanecer ociosos, sino que apoyados en la protección de la Santísima Virgen María, es preciso emprender y realizar grandes cosas para esta augusta Soberana.

La Santa Esclavitud es hoy conocida por almas fervientes en el mundo entero. La Legión de María, forma magistral de Acción Católica, ha contribuido mucho a ello. Salida íntegramente del Tratado de la Verdadera Devoción, meditada y vivida por un cristiano de la católica Irlanda, su espíritu esencialmente mariano trae muy pronto a los legionarios a la práctica de la Santa esclavitud, quienes alcanzan gracias incomparables de santificación personal y medios extraordinarios para influir sobre los demás. Felices de poseer tal tesoro, no aspiran sino a repartirlo en torno suyo. Es así como en los países de misión en particular, el Tratado de la Verdadera Devoción tiene, gracias al celo de ellos, una difusión verdaderamente universal. La Santísima Virgen María, es pues hoy más conocida y más amada que nunca.

Visiblemente Jesús manifiesta su voluntad de reinar por su Madre. *“Por María, Jesucristo ha venido al mundo, por Ella precisamente El debe reinar en el mundo”*. Tal es la tesis que desarrolla el Tratado de Montfort, tal es la razón de ser de la Santa esclavitud.

Sus prácticas interiores santifican a los que las abrazan para hacerse apóstoles de este Reino, ya anunciado por el ángel a la Virgen de Nazareth, y que jamás tendrá fin.

IX OBRAR EN MARIA

IX.1 EN QUE CONSISTE

Para explicar esta práctica interior lo más importante y fruto del ejercicio de las otras, es oportuno considerar una frase que tiene el Tratado de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen, y que puede darnos mucha luz, dice así:

“Cuanto más halla el Espíritu Santo a María su querida e indisoluble esposa en un alma, tanto más actúa y se manifiesta poderoso para producir a Jesucristo en ella”.

Este pasaje habla de la presencia de Jesús y de la Santísima Virgen María en las almas; de la presencia de la Santísima Virgen María como una condición requerida para que la acción del Espíritu Santo sea más fecunda; de la presencia de Jesús como resultado de la acción combinada del Espíritu Santo y de la Santísima Virgen María. Por esta nueva infusión de gracia, el Espíritu Santo en efecto nos hace más semejantes a Jesús y nos incorpora más a Él, como un miembro a la cabeza de un mismo cuerpo místico.

Y puesto que la Santísima Virgen María es el medio del cual el Espíritu Santo quiere valerse, aunque hablando absolutamente no tiene necesidad de Ella, es lógico que la Santísima Virgen María deba encontrarse en el alma para que el divino Paráclito pueda obrar en ella.

Se pregunta entonces de qué clase de presencia se trata aquí. Es preciso desechar evidentemente toda presencia sustancial análoga a la presencia eucarística porque el cuerpo y el alma de la Santísima Virgen María no pueden estar en nosotros físicamente.

Hay necesidad de distinguir dos especies de presencia de la Santísima Virgen María en nosotros: una que atrae la operación del Espíritu Santo y otra que acompaña esta divina acción.

La primera es ciertamente una presencia de orden moral: es la presencia de la Santísima Virgen María como objeto de nuestro conocimiento y de nuestro amor. La segunda es una presencia de acción que según algunos teólogos debe llamarse física y según otros es sólo presencia moral.

San Luis de Montfort en su Tratado insiste sobre todo en la presencia que atrae la acción del Espíritu Santo. Pues si este divino Espíritu ha dispuesto servirse de la Santísima Virgen María como de un medio para obrar en las almas, se sigue que mientras más empleemos y poseamos este medio más nos adentraremos en los designios de Dios y facilitaremos su actividad en nosotros.

Tal presencia moral de la Santísima Virgen María que es tanto más perfecta cuando más frecuentemente pensemos en Ella y más intensamente la amemos, será la medida misma de la acción del Espíritu Santo en nosotros.

“Mientras más encuentre el Espíritu Santo a María en un alma; mayores maravillas obra en esta”.

¿Y cómo explicar esta presencia de la Santísima Virgen María?

Hay dice San Luis de Montfort, varios grados en la práctica de la Santa Esclavitud y así mismo una graduación misteriosa de esta presencia moral de la Santísima Virgen María en las almas, proporcional al conocimiento que tienen de la Santísima Virgen María y al amor que le profesan.

Por consiguiente la presencia de la Santísima Virgen María es más perfecta en unas que en otras, de tal manera que para las más fieles dicha presencia puede llegar a ser tan extraordinaria que pertenezca ya al campo de la mística.

En cuanto a la presencia de la Santísima Virgen María que acompaña a la acción del Espíritu Santo en las almas decimos que siendo una presencia de acción será accidental necesariamente.

¿Pero será física o simplemente moral?

Esta cuestión teológica no está suficientemente estudiada hasta el momento. El R.P. Hugón ha visto en esta párrafo del santo Montfort una prueba de la causalidad física instrumental de la Santísima Virgen María en la producción de la gracia; y dice que si el Espíritu Santo reduce al acto su propia fecundidad mediante la intervención de la Santísima Virgen María, si El actúa gracias a Ella, por Ella, El produce físicamente la gracia en las almas, y la Santísima Virgen María es entonces el instrumento físico y secundario del Espíritu Santo.

Más claro todavía:

Fuera de la presencia corporal que consiste para los seres corporales en encontrarse a la vez, de manera perceptible en las mismas dimensiones del espacio, hay una presencia y una unión espiritual más real y más íntima que la de las criaturas materiales.

Ella se realiza por el hecho de que los seres se conozcan y tengan después una acción, una influencia espiritual recíproca. Para la Santísima Virgen María estas dos maneras se verifican o cumplen respecto a nosotros. La Virgen está presente en cada alma por el conocimiento y por el amor.

Por el conocimiento, porque Ella conoce palmo a palmo, segundo a segundo lo que ha sido nuestra vida, lo que es en el presente y lo que será en el porvenir; conocimiento que supera inmensamente al que tenemos de nosotros mismos.

Por el amor, porque Ella está tan dedicada a mi alma, a mi vida, hasta en los menores detalles, como si no existiera en el mundo sino yo.

Ella está cerca de nosotros, y en cierto sentido en nosotros, porque Ella nos ve de modo clarísimo y continuo en Dios, con todo lo que somos, hacemos y tenemos.

En su condición de Madre conoce todo lo que concierne a sus hijos, sus tristezas y alegrías, luchas y tentaciones, faltas y progresos, prosperidades y pruebas.

Como Mediadora y Reina conoce todos nuestros pensamientos, sentimientos y todo lo que en cualquier forma nos atañe, a fin de podernos en tiempo oportuno las gracias y socorros que hemos menester.

Y cuando pensamos en Ella, cuando la miramos con los ojos del alma, su acción se extiende a nuestra memoria y nuestra imaginación y todavía penetra más hondamente y llega hasta nuestras facultades puramente espirituales: la inteligencia y la voluntad en las cuales se produce ordinariamente la gracia actual; y aun llega a la sustancia misma del alma, pues es ahí donde reside la gracia santificante por medio de la cual la Santísima Virgen María, simultáneamente con Jesús, ejerce su influencia maternal sobre nosotros.

Vivir en la Santísima Virgen María es vivir como en una atmosfera mariana, pues los sentidos internos y las facultades del alma se marianizan a medida que van ejercitándose en el servicio fervoroso de la Bendita Señora mediante las prácticas anteriores de vivir con María, por Ella y para Ella.

Quien vive en la Santísima Virgen María se une a Ella al apropiarse sus sentimientos que en resumen son estos: con respecto a Dios, sumisión amorosa, o sea, una conformidad perfecta con la voluntad divina, haciendo todo cuanto Dios quiere, como El lo quiere, mientras El lo quiere y porque El lo quiere.

Con respecto al prójimo una perfecta caridad en pensamientos, afectos, palabras, maneras y acciones. Y para consigo mismo una paz imperturbable, una alegría rotunda y constante, fruto de la confianza plena, de la gratitud sincera, de la fe en el amor que la Virgen nos tiene y del perfecto equilibrio y sometimiento de las pasiones.

Es un estado ya avanzado característico de la oración perfecta y que hace al alma exclamar con San Pablo: *“Vivo yo, más no yo sino que Cristo vive en mi”*. Esta unión podrá llegar a ser cada día más íntima y más consciente.

Pero hay también la que se llama unión mística con Nuestra Señora y a Ella alude San Luis en su Tratado de la Verdadera devoción.

Esta gracia no es concedida a todos, y cuando Dios la otorga a un alma por su gran misericordia, es necesario que ésta corresponda con mucho recogimiento y fidelidad para no perderla.

Es preciso distinguir esta unión mística con la Santísima Virgen María de los fenómenos extraordinarios de la vida sobrenatural; no se trata de una visión, aparición o algo similar; esta unión con la Santísima Virgen María es simplemente el sentimiento claramente percibido de la presencia activa de la Santísima Virgen María en lo más íntimo del alma, que ni es mero efecto de la fe ni tampoco el esplendor de la clara visión. Es difícil de explicar con palabras propias lo que es para experimentar con el amor.

Pero esta práctica de vivir en la Santísima Virgen María tiene todavía un alcance mayor.

Si toda la perfección cristiana consiste en conformarnos a Jesucristo, la mejor entre las devociones será la que más nos asemeje a este divino modelo.

Entre todos los misterios de la vida de Jesús el que mejor nos demuestra su devoción a la Santísima Virgen María es el de la Encarnación. Fue en ese día cuando el Hijo de Dios se hizo

prisionero voluntario y esclavo de amor en el seno de la Santísima Virgen María, dependiente de Ella en todo, para gloria del Padre y bien de la humanidad. Fue también en ese mismo día cuando elevó a la Santísima Virgen María a la imponderable dignidad de la Maternidad divina.

Quiere el santo Montfort que todos los predestinados se consideren como encerrados en ese mismo seno bendito para hacerse conformes al Hijo de Dios.

Y tal es el alcance del acto de la consagración de los esclavos de amor, que tiende a constituirlos en una estrecha dependencia de la Santísima Virgen María como la del niño con respecto a su madre. Tiende también a dar a la Santísima Virgen María su derecho de propiedad y de dominio absoluto sobre la criatura que lleva en sus entrañas. Dominio por parte de la Santísima Virgen María y dependencia por parte nuestra totalmente consciente y voluntaria.

Imitación de la vida de Jesús en la Santísima Virgen María, reconocimiento práctico de la grandeza de su maternidad divina, total es pues la esencia de la esclavitud de amor.

Pero como este seno bendito de la Santísima Virgen María era el paraíso terrenal del nuevo Adán, todas las explicaciones de San Luis de Montfort sobre el vivir en la Santísima Virgen María se inspiran en esta idea fundamental. Las imágenes y comparaciones que emplea hacen creer a primera vista que estas explicaciones deben tomarse en un sentido simbólico cuando en realidad deben tomarse en un sentido literal aunque espiritual y místico.

Apoyándonos en los efectos que produce en nosotros la vida en la Santísima Virgen María, esta Madre es comparada al Paraíso terrenal donde reposa Jesús, al Santuario en donde Dios habita y es honrado, al oratorio donde nos encerramos para honrar a Dios y a la torre de David donde estamos seguros contra los enemigos.

IX.2 MARÍA PARAISO TERRESTRE DE JESÚS

San Luis aplica a este nuevo paraíso todo lo que del antiguo dice la Sagrada Escritura. Es un lugar compuesto de una tierra virginal e inmaculada, de la cual fue formado el nuevo Adán sin ninguna mancha por obra del Espíritu Santo, así como el cuerpo del primer Adán fue formado por Dios de la tierra del paraíso.

Todo le es agradable a Jesús en este paraíso de delicias: los árboles plantados por la mano de Dios y regados con su divina unción que han llevado y cargan todos los días frutos de gusto divino: imagen de las facultades maravillosas de la Virgen cuyos actos son perfectos y gratuitos a Dios.

Ahí se ven patios esmaltados de flores bellas y variadas cuyo perfume embalsama, a los mismos ángeles: imagen de las virtudes de la Santísima Virgen María, superiores a las de los espíritus celestiales.

Hay verdes praderas de esperanza, torres fortificadas e impenetrables; mansiones llenas de encanto y seguridad: imágenes de lo que encuentran en la Santísima Virgen María las almas que se refugian en Ella. Ahí se respira un aire puro, símbolo de la pureza de la Santísima Virgen María y se goza de un día sin ocaso: la humanidad santa del Verbo encarnado. Todo está ahí esclarecido, por un sol sin sombras: la divinidad de Cristo y, a todo lo calienta un horno ardiente capaz de abrasar cualquier metal ruinoso que en él se arroje: la caridad de la Santísima Virgen María.

Un río profundo brota de la tierra y se divide en cuatro brazos para regar aquel lugar encantado; y son las cuatro virtudes cardinales que brotan del alma de la Santísima Virgen María y fecundan toda su vida.

En fin, en medio de este paraíso está plantado un árbol que es al mismo tiempo árbol de la vida que da el fruto de vida. Sólo el Espíritu Santo podrá hacer conocer la verdad oculta en estas figuras; apenas hemos dado algunas líneas generales que pueden ayudar a quienes buscan e investigan mayores detalles.

IX.3 MARÍA SANTUARIO EN EL CUAL DIOS HABITA

La Santísima Virgen María es un santuario en el cual Dios habita y recibe honores. María, añade San Luis María Grignon no solo es santuario en el cual Dios recibe, Ella es la cámara donde El reposa, el trono donde se sienta, la ciudad donde El habita, el altar donde recibe los sacrificios, el templo donde es adorado y el mundo que le tributa alabanza.

Todo esto son alusiones a las maravillas de gracia que Dios ha cumplido en la Santísima Virgen María, pero también aliento y estímulo para entrar y permanecer en Ella, para hallar a Dios ahí y honrarlo plenamente.

“Es en María Inmaculada donde la Sabiduría eterna y escondida quiere ser adorada por los ángeles y los hombres”.

IX.4 MARÍA ORATORIO EN EL CUAL NOS ENCERRAMOS

La Santísima Virgen María es oratorio en el cual nos encerramos para orar. En ese santísimo lugar los ruidos de la tierra no tienen acceso; el recogimiento es más profundo, las distracciones menos molestas. Ningún lugar es tan favorable a la oración y sobre todo en ninguna parte estamos más seguros de ser atendidos no sólo porque ahí encontramos siempre a Jesús, sino porque ahí El está dispuesto a escucharnos siempre.

IX.5 MARÍA TORRE DE DAVID

La Santísima Virgen María es torre de David en donde encontramos seguridad. La Iglesia en las letanías da este nombre a la Virgen y se encuentra en varios lugares de la Santa Escritura.

La idea contenida en éste es que la Santísima Virgen María es torre poderosa e impenetrable en la cual quedan seguros de sus adversarios todos cuantos busquen ahí su refugio.

Puesto que se trata de imitar y reproducir la vida de Jesús en la Santísima Virgen María, ¿no quedaremos protegidos en nuestra madre como El lo estuvo?

Ningún golpe podría alcanzar al niño encerrado en el claustro materno sin que alcanzara a la misma madre; y si la madre está protegida de los golpes del adversario, el niño permanecerá completamente seguro. Tal es el caso de los esclavos de amor.

IX.6 CONDICIONES DE ADMISION Y PERMANENCIA

Adán y Eva, culpables de haber transgredido la ley divina, fueron arrojados del paraíso terrenal y un querubín armado con una espada de fuego fue colocado a la puerta para impedir la entrada a la humanidad pecadora. Esta figura tiene su realización en la Santísima Virgen María.

Ella es para su divino Esposo el Espíritu Santo, un jardín cerrado, una fuente sellada. El Espíritu Santo guarda el acceso a lugar tan sagrado y nadie puede entrar en este jardín ni abreviarse de esta fuente sin recibir una gracia particular del Espíritu Santo, una gracia que se puede llamar insigne.

El Espíritu Santo no la rechazará a nadie pero no la concederá gratuitamente; para alcanzarla es preciso merecerla. Y se merece por la fidelidad en secundar las inspiraciones de la gracia y singularmente por la fidelidad en observar las prácticas de la santa esclavitud.

Es evidente que para gozar de tal intimidad con la Santísima Virgen María es menester vivir libres de toda mancha deliberada y haber dado pruebas suficientes de amor a la Virgen.

IX.7 VENTAJAS QUE EL ALMA REPORTA DE SU MORADA EN MARIA

IX.7.1 Es indescriptible el sentimiento de paz y seguridad que se apodera del alma que así espiritualmente vive en la Santísima Virgen María.

Evidentemente hay una gran diferencia entre el hijo que reside real y corporalmente en el seno de su Madre y el esclavo de amor que reside moral y espiritualmente en la Santísima Virgen María.

Las ventajas que se desprenden para el primero son de certeza física; para el esclavo de amor sólo gozan de certeza moral y eso en el supuesto que persevere en esta dependencia a la cual es fácil sustraerse por infidelidad a la gracia.

Pero dada esta fiel dependencia, el alma puede morar placenteramente en el seno de la Santísima Virgen María y reposar ahí en perfecta paz y apoyarse con confianza y ocultarse con seguridad y perderse ahí sin reserva.

No obstante, ahí más que en cualquier otra parte estamos en el dominio de la fe. Mi alma podría perfectamente realizar el estado de dependencia antes expuesto sin experimentar ninguno de estos sentimientos aquí enumerados. Pero al menos tratará de adquirirlos. Esto proviene de un abandono activo del alma dócil a la acción de la gracia.

IX.7.2 Más importantes (por lo demás) que el sentimiento, son los efectos realmente producidos en el alma por este obrar y vivir en la Santísima Virgen María.

Tales efectos son cuatro:

1. El alma es alimentada copiosamente por la Santísima Virgen María con su gracia y misericordia maternal.
2. El alma se verá libre de turbaciones, temores y escrúpulos que son absolutamente incompatibles con el estado de infancia espiritual así comprendido.

3. El alma gozará de completa seguridad contra todos sus enemigos, el mundo, el demonio y el pecado que jamás tendrán cabida en la Santísima Virgen María.

Por eso dice de Ella el Eclesiástico (24,30) *“los que se guían por mí no pecarán”*. No es posible en efecto estar y obrar en la Santísima Virgen María y cometer el pecado, al menos que fuera de pura fragilidad, puesto que cualquiera que deliberadamente peca, abandona por sí mismo esta divina morada y pone libremente obstáculos a las gracias que la Santísima Virgen María le había preparado.

4. El alma ahí en la Santísima Virgen María es formada en Jesucristo y Jesucristo en Ella. Pues el seno de la Santísima Virgen María es, dice San Ambrosio, “Aula Sacramentorum” la sala de los secretos o sacramentos divinos, ahí fue formado Jesucristo antes que todos los elegidos que posteriormente se forman y se formarán a semejanza suya. La Santísima Virgen María les da la vida y se las conserva y acrecienta mediante la gracia, los conduce, los dirige, los protege contra todos los adversarios y no cesa de actuar en ellos porque los hará santos.

Quienes han seguido habrán comprobado cómo el conjunto de esta fórmula: “Por María, con Ella, en Ella, y para Ella” indica una posesión progresiva de toda nuestra vida por la Santísima Virgen María y el universal homenaje de todas nuestras actividades. Lejos de reconocerle como único derecho, testimonios transitorios de piedad, como determinada oración a tal hora del día, hay que confesar claramente que todos nuestros instantes están bajo la influencia de su gracia y deben aprovecharse de ella.

Si se ha podido decir con razón que el cristianismo real, comprendido, vivido, es la presencia de otra persona –la divina persona de Cristo- en nuestra alma y sobre nuestra alma entera: inteligencia, voluntad, imaginación, sensibilidad y actividad exterior; es preciso decir lo mismo de la Santa Esclavitud. Sus prácticas interiores hacen que nos demos cuenta de nuestra dependencia vital frente a la Santísima Virgen María, simple persona humana como nosotros, pero la primera después de las tres Personas Divinas que ha recibido la misión de incorporarnos a Cristo. Entre Ella y nosotros hay una incesante e íntima unión que puede compararse a la del niño en el seno de su madre.

En la Santísima Virgen María, en su seno espiritual, nos saturamos en todo momento de la vida de nuestro Jefe vivo, crecemos en santidad, llegamos a nuestra talla de elegidos.

El niño no es de ningún modo consciente del misterio de naturaleza que se cumple entre su madre y él; mientras que nosotros comprendemos, apreciamos y gustamos el misterio de gracia que se desarrolla y va consumándose entre la Santísima Virgen María y nosotros. Conocemos por ciencia experimental que ese misterio nos modela como perfectos hijos de la Virgen y del Padre Celestial, semejantes al Hijo de su complacencia.

La Santa Esclavitud implica entonces un estado de vida de unión. Ella es, a través de la persona de la Santísima Virgen María nuestra unión permanente a la persona de Jesús. Y he aquí por qué San Luis María de Montfort nos dice *“comenzar, continuar y acabar todas nuestras acciones por María, con Ella, en Ella y para Ella, es hacerlas más perfectamente por Jesucristo, con El, en El, y para El”*.

Lo cual hemos comprobado a todo lo largo de nuestra explicación de las prácticas interiores, puesto que cada una de ellas nos lleva a Jesús.

Entonces Jesucristo viene a ser real, completa y esplendorosamente nuestro camino, nuestra verdad y nuestra vida.

Por la Santísima Virgen María, Jesús es nuestra vía, la vía fácil de nuestro retorno al Padre.

Con la Santísima Virgen María, Jesús es nuestra verdad, la verdad de sus virtudes hechas accesibles a nuestra imitación.

En la Santísima Virgen María, Jesús es nuestra vida de unión transformante. Allí donde se formó la cabeza, allí son formados y transformados los miembros.

En la práctica “para María”, la Virgen da todo a su Divino Hijo y Jesús tributa en nuestro nombre todo honor y toda gloria a su eterno Padre: “omnis honor et gloria”.

A esta altura, la Perfecta Devoción a la Santísima Virgen María no aparece solamente como una forma de vida espiritual entre muchas otras, sino como la vida espiritual en esencia, adecuadamente comprendida y vivida, armoniosamente acorde con el plan redentor integral.

Comprender esto con San Luis de Montfort y vivirlo es todo. He aquí porqué no sabría recordar demasiado el consejo del P. Faber: *“que alguien ensaye sólo para sí mismo esta devoción y la sorpresa que tendrá con las gracias que ella lleva en sí y las transformaciones que producirá en su alma, lo convencerán pronto de su eficacia casi increíble como medio para obtener la salud de las almas y el advenimiento del Reino de Jesucristo”*.

Monseñor Gibergues, el célebre conductor de almas tan conocido en París, lo había ensayado; y comenzó su testamento por esta frase: *“debo aquí decir que las grandes alegrías de mi vida se las debo a la devoción a la Santísima Virgen, practicada a la manera del santo de Montfort en la Esclavitud de Amor”*.

X ADVERTENCIAS A LAS PRÁCTICAS INTERIORES

X.1 ADVERTENCIAS

Las prácticas interiores que constituyen lo esencial en esta devoción, no podrá cumplirlas en los comienzos el esclavo de la Santísima Virgen María, ni con la misma facilidad, ni con la perfección con que podrá hacerlo más tarde.

X.1.1 VIA PURGATIVA

Y así en la **vía purgativa** o etapa inicial de su vida interior, su vivir “POR MARIA” se limitará a recurrir a su mediación frecuentemente y a renunciar al amor propio.

Su vida “CON MARIA” le hará sentir una asistencia elemental de Nuestra Señora, pero el esfuerzo por imitarla así como el pensamiento de que obra en su compañía, le sostendrá en las pruebas y dificultades de los principiantes.

Su vivir "PARA MARIA" le hará obrar con rectitud de intención pero aún mezclada de interés propio porque su amor es débil todavía, más lo perfeccionará con oración y purificación progresivas.

Su vida "EN MARIA" es deficiente porque conoce poco el interior de Nuestra Señora, pasa largo tiempo sin pensar en su dependencia de la Virgen y la vida de unión no es todavía para él un ideal obsesionante. A medida que va orando más, mortificando sus sentidos y renovando su acto de unión consciente, perfeccionará su intimidad con la Santísima Virgen María.

X.1.2 VIA ILUMINATIVA

Cuando el esclavo ha llegado a la **vía iluminativa** estas prácticas se perfeccionan más.

Su vida "POR MARIA" implica ya una mayor fidelidad porque tiene mayores luces, mayor fuerza de voluntad y mayor fe en su mediación, de ahí que goce de una gran confianza y más continua paz.

Su vivir "CON MARIA" implica una asistencia a Nuestra Señora más eficaz en retorno de la mayor fidelidad que el esclavo le demuestra.

La vida "PARA MARIA" la cumple con mayor amor, con virtudes más perfectas y más acrisolado celo.

Vivir "EN MARIA" se le hace más fácil y meritorio porque merced a las mayores luces obtenidas en la oración, penetra mejor en el interior de Nuestra Señora, conoce con facilidad las intenciones, las disposiciones, los actos de su Reina, y obra ya no sólo con la fe sino que comienza a entrever y a gustar.

X.1.3 VIA UNITIVA

Al entrar el esclavo de la Santísima Virgen María a la **vía unitiva** su vida mariana alcanzará la mayor simplicidad y perfección.

El obrar "POR MARIA" implicará una mayor fidelidad, más generosa docilidad a la acción de los dones del Espíritu Santo y se mostrará más activo y valiente en el servicio de Dios.

El esclavo alcanzará una mayor excelencia en sus obras, sus virtudes, llevarán el sello de la heroicidad; el amor apasionado por la cruz impregnará toda su vida, y al mismo tiempo por la humildad llegará a obtener una mayor confianza en la mediación de Nuestra Señora, alejado de todo escrúpulo y disfrutando de una santa libertad de espíritu.

El esclavo obrará "CON MARIA" experimentando una mayor asistencia y compañía de la Señora bendita, merced al vacío y desasimiento de las criaturas que ha logrado; al mayor recogimiento interior, a su concentración en lo divino, a su más sencilla oración.

Su vivir "PARA MARIA" tendrá como característica el progreso en la intención, por la caridad perfecta y desinteresada que impulsará todos sus actos, los cuales reportarán cierta dulce presencia de la Santísima Virgen María en el alma fruto de la conformidad y santo abandono a su divina bondad.

Por fin llegará a vivir "EN MARIA" mediante la unión que le hará estar presente a María y a Ella en él por el pensamiento, el afecto y el perfecto amor.

Entonces logrará aquella divina transformación en Jesús que nos habla San Pablo cuando afirma: *“vivo yo más no yo sino que Cristo vive en mí”*.

Transformación obtenida en el molde divino de la Santísima Virgen María, fruto del olvido de sí y de la oración perfecta que le hará una copia admirable de Jesús al apropiarse sus sentimientos para con el Padre, el prójimo y consigo mismo.

Gozará así de una presencia de la Santísima Virgen María y de una tal unión con Ella verdaderamente inefable. Esta será el fruto no sólo de su esfuerzo sostenido sino de la misericordia del Señor, quien puede dar una presencia infusa operativa y frutiva de la Santísima Virgen María a su devoto como en realidad aconteció a San Luis María Grignon de Montfort y a muchos otros santos.

XI ACLARACIONES IMPORTANTES A ESTA DEVOCIÓN

XI.1 ACLARACIONES A LAS PRÁCTICAS

1. ¿A cuales acciones se refieren las prácticas interiores de la Esclavitud Mariana?

Se refiere a todos nuestros actos, no solamente a los exteriores como trabajar sino también a los interiores como por ejemplo: pensar, desear, querer, regocijarse y amar porque nuestros pensamientos deben orientar nuestra voluntad y ésta a nuestros actos. Todas nuestras acciones deben encajar en este sistema de santificación inclusive los actos de nuestra memoria, de nuestra sensibilidad y hasta los movimientos de nuestras pasiones como el amor, el odio, el deseo y el temor. La aplicación de las prácticas de esta santa devoción quizás haga exclamar a alguno: “yo no puedo pensar en ello”, y parece resumir en esa frase todas las dificultades y el desaliento consiguiente.

Pero hay que distinguir entre la unión actual y la habitual. La actual es la que se efectúa por un acto de la voluntad en el momento mismo en el cual uno obra; por ejemplo, antes de empezar mi oración pienso y quiero unirme a las intenciones de Nuestra Señora. Esta unión actual no es necesaria, aún más, ni es posible en esta vida tenerla de continuo.

La unión habitual es una disposición permanente del alma que hace fáciles y frecuentes los actos de unión, y permanece aunque actualmente uno no tenga ninguna intención, por ejemplo, durante el sueño. Aun más, esta disposición habitual mientras no sea retractada influye virtualmente sobre todos los actos que no le sean contrarios.

Pero esta unión habitual tiene sus grados y mientras los actos de unión se hacen más fáciles y frecuentes, más perfectas y meritorias llegarán a ser nuestras acciones.

2. Nuestro renunciamiento. En este acto de unión se da una parte negativa y otra positiva resistiendo a nuestro amor propio y secundando el de la Santísima Virgen María.

Nuestro renunciamiento a la propia voluntad tiene cuatro aspectos, correspondientes a las cuatro prácticas interiores de esta esclavitud.

Obrar “por María” es mostrarnos dóciles, ser movidos por la acción de la gracia sin poner resistencia alguna de nuestra parte; permanecer en paz y no obrar sino bajo la moción de la gracia, renunciando al impulso de nuestra propia voluntad, de nuestros apetitos y de nuestras pasiones.

No debemos anticiparnos a la acción de la gracia aunque nuestro temperamento y la vida moderna tan agitada nos inciten a ello; debemos recordar la máxima de San Vicente de Paúl: “*yo ando al paso de Dios*”; el alma debe dejarse conducir por la acción de Dios.

Durante la acción el alma debe permanecer con la Santísima Virgen María, hacer concordar su propio esfuerzo con la voluntad de la Santísima Virgen María sin alejarse por precipitación, excesivo ardor o pereza espiritual. Marchar al paso de Dios señalado por los acontecimientos, las órdenes de los superiores o las inspiraciones de la gracia.

En fin, para obrar en María, para vivir en su interior, para moldearnos sobre sus intenciones y disposiciones, es necesario renunciar a las nuestras, porque toda resistencia, todo apego a nuestros pensamientos y querer, todo resto del viejo Adán comprometería nuestra transformación en Cristo.

Y es casi superfluo observar que uno no puede obrar para María sino renunciando a las intenciones desordenadas sugeridas por el amor propio.

Acontecerá como el obrero que quisiera dorar una pieza metálica; si él no la limpia previamente de la escoria y materias extrañas adheridas, la adherencia del oro será deficiente y la obra quedará imperfecta.

Pero nótese que esta tranquilidad, este reposo del alma, este abandono, esta docilidad de que hablamos, no significa inacción quietista sino una lucha contra nosotros mismos y generosa cooperación a la gracia, que nos llevará en la práctica del bien: a obrar con María, por María, en María y para María como debe ser nuestro ideal.

Nuestro acto de unión a las intenciones y disposiciones de la Santísima Virgen María consiste simplemente en un acto de nuestra voluntad que quiere; no obstante las impresiones de indiferencia, apatía, repugnancia y tedio que podamos experimentar.

No es necesario que este acto sea explícito; puede ser implícito, es decir: basta con que conservemos el sentimiento habitual de nuestra dependencia hacia la Santísima Virgen María y que tengamos la intención general de ir a Dios por Ella, evitando la preocupación excesiva de hacerlo todo con perfección porque arrebataría la paz y cansaría pronto al alma. Es preciso obrar con facilidad, sencillez y discreción, sin inquietarnos por sentir y gustar el fervor sensible que puede faltar por voluntad de Dios o por tentación del demonio.

3. La esclavitud y la vida mariana no es solamente para almas muy instruidas en las cosas espirituales, sino también para los ignorantes, para los fieles sencillos, para los niños, en una palabra para todos, aún para los pecadores.

4. Respecto a los principiantes, así habla San Luis de Montfort: “*Muchas personas he hallado que con admirable entusiasmo se han sometido a la santa esclavitud (de Jesús por María) exteriormente, pero muy pocas que hayan cogido el espíritu de esta devoción, y menos todavía que hayan preservado en él*”. ¿Y por qué en tan sencilla y hermosa práctica, tantas dificultades se

encuentran? Es que se consagran casi sólo con los labios, sin darse cuenta de la importancia de la consagración y como de esa manera sientan poco o ningún efecto, abandonan luego la práctica interior, si acaso en ella comenzaron a ejercitarse.

Otros comienzan con fervor el ejercicio, pero quieren desde luego abarcar la perfección completa de la práctica interior y pasado el primer fervor, experimentan sequedad y se cansan. Estos han de persuadirse de que no se alcanza la victoria y la paz sino después de la guerra; y aunque esta devoción simplifique muchas de las dificultades del camino espiritual, siempre vamos cuesta arriba; aunque la compañía de nuestra Madre nos alivie, siempre hemos de atravesar el desierto y la noche oscura del alma antes de subir al monte Carmelo.

Se debe tener por consiguiente, muy presente, el consejo que a éstos da el santo: *“Guárdate bien de hacerte violencia para sentir y gustar lo que dices y haces; dilo y hazlo todo con la viva fe que María tuvo en la tierra y que a su tiempo Ella te comunicará. Deja a tu Soberana pobre esclavillo, la vista clara de Dios, los transportes, los gozos, los placeres y no tomes para ti más que la fe pura, llena de disgusto, de distracciones, de fastidio, de sequedad. Di amén (así sea), a todo lo que hace en el cielo y a todo lo que obra en tu alma, María tu soberana. Nada mejor puedes hacer por ahora”.*

5. Ningún inconveniente encontrarán los esclavos en dirigir directamente sus oraciones y culto al Señor o a los santos; pues la unión con la Santísima Virgen María aunque no fuere explícita siempre será verdadera y real.

6. No sobra advertir que el “voto de ánimas llamado heroico” en virtud del cual cedemos a las benditas almas del purgatorio todo el valor satisfactorio de nuestras obras, todas las indulgencias que lucremos y todos los sufragios que se ofrecieren por nosotros después de muertos, no se opone a la consagración de la verdadera devoción o esclavitud mariana.

Mucho menos se opone la consagración de todo nuestro ser y de cuanto nos pertenece al Sagrado Corazón de Jesús. Pues conscientes de que la mayor gloria que podemos tributarle es honrar a su Santísima Madre, sólo pretendemos ir a El por Ella.

7. El esclavo de amor puede y debe tener intenciones particulares en sus oraciones, comuniones, misas y obras buenas que emprende, porque la intención particular ayuda mucho a la constancia y al fervor. Basta que al hacer el ofrecimiento de tal obra piadosa por un fin determinado, tenga la condición al menos implícita de que así suceda siempre que esté conforme con la voluntad de la Santísima Virgen María, de lo contrario no quiere sustraer nada a su Reina y que aplique Ella el valor de tal obra como quiera y a quien quiera.

Esta condición puede ponerse de una vez por todas teniendo dicha intención al hacer la consagración y mejor al renovarla.

a) No tiene valor lo que algunos objetan contra esta perfecta devoción diciendo que consagrándonos en esta forma a la Santísima Virgen María quedamos incapacitados para socorrer a las almas de nuestros parientes, amigos y bienhechores.

Porque aún en las relaciones humanas el que entrega a otro toda su fortuna y el fruto de su trabajo para demostrarle su benevolencia, puede contar con la ayuda de éste para atender a sus necesidades personales y a las de aquellos para quienes tiene obligación de velar. El donatario es libre para aceptar o rechazar esta donación, pero si la acepta toma a su cargo todas las

obligaciones del donante aunque estas sobrepasen el valor objetivo de la donación. Si no cumpliera estas obligaciones faltaría.

Luego si esto es cierto tratándose de un simple mortal con mayor razón si se refiere a Jesús y a la Santísima Virgen María. Sería hacer injuria a su poder y a su bondad suponer la posibilidad de tal desamparo.

Al contrario: ellos sabrán asistir mucho mejor a nuestros parientes, amigos y benefactores, sea con nuestros mismos bienes que entregamos o por otros caminos propios de su omnipotencia y bondad.

b) Esta consagración no nos dispensa del deber de orar por nuestros padres, amigos y benefactores vivos o difuntos.

En virtud de nuestra consagración renunciamos a hacer por nosotros mismos la aplicación del fruto satisfactorio y del impetratorio de nuestras mismas acciones, pues tal aplicación depende en adelante sólo de la voluntad de la Santísima Virgen María.

Pero esto no quiere decir que uno no pueda pedir a esta buena Madre que socorra a aquellos de quienes somos deudores. Esto en nada se opone a nuestra entrega; al contrario es un honor para la Santísima Virgen María mostrarle nuestra confianza como Reina y Dueña de todo nuestro ser.

San Luis María Grignion se sirve de la comparación de una persona rica que habría dado todo su haber a un gran príncipe a fin de honrarlo más. ¿No sería éste motivo para pedirle con mayor confianza una limosna a favor de alguno de sus amigos que la implorara? Tal confianza no sólo honraría al príncipe sino que lo complacería muchísimo. Y si esto acontece tratándose de un hombre de la tierra, ¿podremos creer que Nuestro Señor Jesucristo y la Santísima Virgen María se dejarían aventajar en gratitud y generosidad?

c) Nuestra consagración asegura a nuestras oraciones por nuestros parientes, amigos y bienhechores la máxima eficacia.

Porque la Santísima Virgen María al purificar nuestras obras de toda imperfección, aumenta su valor satisfactorio y asimismo el impetratorio. Y así ellas son capaces de obtener mucho más.

Fuera de esto también es cierto que la Santísima Virgen María conoce perfectamente todas las necesidades de las personas que nos son queridas y podría suceder que nosotros pidiéramos para ellas cosas inútiles y aún nocivas puesto que ignoramos el futuro y los designios de Dios.

Puede suceder que nos descuidemos en pedir por ellas o en rogar lo que necesitan. Pero consagrándonos a la Santísima Virgen María todo lo dejamos en sus manos para que según su voluntad elija las personas a quienes quiera beneficiar y las gracias que quiera conceder, seguros de que así procuraremos una mayor gloria a Dios y un mayor bien a aquellos que nos son amados.

Es insensatez creer que por el hecho de dar a la Santísima Virgen María todo el valor satisfactorio de nuestras obras y aun los sufragios que por nosotros se ofrezcan después de muertos, vayamos a permanecer mucho en el purgatorio.

Este juicio se funda en nuestro egoísmo. Claro está que está bien acumular muchas indulgencias para descontar nuestra pena en el purgatorio, pero mejor tratar de no contraer más deudas cometiendo pecados y obrar en todo con mayor amor.

Por el hecho de que un alma se muestra generosa y desinteresada con la Santísima Virgen María hasta darle todo lo que es posible dar, ¿podremos suponer que Nuestra Señora se mostrará menos buena con ella que si hubiera buscado sólo su propio interés? ¿No es Ella la depositaria de todos los tesoros de la redención con facultad de aplicarlos a quien quiera y cuando quiera? La generosidad y la confianza que implican la santa esclavitud serán el mayor motivo de seguridad y de paz en la hora de nuestra muerte y el mejor título para llegar pronto al cielo.

8. ¿Cual es el grado de obligación de todas estas prácticas?

Debemos considerar dos cosas:

1. Siendo la consagración de la santa esclavitud un acto perfectamente libre, resulta que las prácticas que nos impone no nos obligan bajo pena de pecado, ni mortal ni venial. Son medios de perfección destinados a facilitar el cumplimiento de los preceptos necesarios para salvarnos.

2. Pero para los que han hecho esta consagración las prácticas se imponen como medios para cumplir con lo prometido y sacar fruto; no obstante, no son todas indispensables a la vez ni en el mismo grado. Unas prácticas Montfort las deja al libre albedrío de cada cual. Lo que importa sobre todo es el espíritu de dependencia de la Santísima Virgen María. Una vez que hemos obtenido este resultado no debemos inquietarnos si omitimos alguna práctica aunque hayamos prometido serle fieles, porque todas las prácticas interiores y las principales exteriores, coinciden necesariamente con este espíritu mariano.

Muchas almas deseosas de perfección se preguntan si podrían imponerse ellas mismas por medio de “voto una obligación que el padre Montfort no impone bajo pena de pecado”. A esta pregunta se podría contestar afirmativamente pero con una doble condición:

a) Determinar claramente la materia a la que nos queremos obligar. La santa esclavitud en su conjunto encierra todas las manifestaciones de la vida humana en cualquier estado y actividad. Sería imprudente de comprometerse con voto a observar absolutamente todos los detalles. Pero específicamente tal o cual prescripción, tal o cual parte o aspecto es posible convertirla en materia de voto.

b) Especificar bien el grado de la obligación: Es decir sólo debemos comprometernos bajo pecado venial y por tiempo limitado. Así podremos renovarlo, por ejemplo, en cada fiesta de Nuestra Señora.

Cualquier otro voto equivalente, por ejemplo, a evitar el pecado venial deliberado, las imperfecciones voluntarias, tender constantemente a lo que es más perfecto, etc., sería demasiado arduo y no se puede hacer sin el permiso del confesor, con las condiciones que serían siempre modificadas por él y por un tiempo determinado.

XII CONSEJOS UTILES DE ESTA DEVOCION

XII.1 CONSEJOS UTILES DE ESTA DEVOCION

1. Característica especial del esclavo de la Santísima Virgen María es tenerle siempre una absoluta confianza. Cree en su poder y en su bondad material, confía en las tentaciones, confía en las caídas, confía en que quiere hacerlo santo a toda costa no obstante su propia debilidad e inconstancia. Cuando duda de que sus peticiones estén acordes con los designios de la divina Providencia confía también y con certidumbre incondicionada pide al Señor la realización de los deseos o intenciones que la Santísima Virgen María tiene sobre aquel asunto en particular. Ella sabe mejor que nosotros lo que necesitamos y sus peticiones a favor nuestro son mucho mejores y más acertadas de lo que podíamos imaginar. De aquí que una de las jaculatorias predilectas sea ésta: *“Dame Señor lo que para mi quiera la Santísima Virgen”*.

2. Haz por sufrir con resignación y si puedes con alegría, las enfermedades, las penas y las molestias de tu prójimo especialmente las que tengas que padecer por parte de tu familia. No consideres sino las de cada día, no las pasadas ni las que pueda traer el día de mañana. Tómalas con espíritu de fe viva como provenientes de la Virgen, que te las envía con la gracia, para ese momento y para tu bien. Como Ella, procura ser siempre sereno y sacrificado, sin quejas inútiles ni turbación.

3. En tu trato se siempre afable con todos. No olvides que has entrado como esclavo en la casa de tu bonísima Señora, en la cual el menor de sus siervos es por lo menos tanto como tú y quizás más que tú. Para ninguno de sus hijos la Santísima Virgen María se muestra indiferente, despectiva o dura; ellos son tus prójimos, tus hermanos y debes para honrar a la Virgen ser siempre servicial y complaciente con todos, jamás ser cruz para nadie.

4. No te recargues de devociones; las flores que ofrezcas a tu Señora sean frescas y aromáticas aunque pocas; pero procura en cuanto te sea posible y a imitación de San Luis María que nunca te falte el salterio o al menos el santo rosario, fuente de toda bendición.

5. La inhabitación de la Santísima Trinidad en el alma del esclavo de amor ha de constituir uno de los medios más poderosos para su vida interior, imitando el recogimiento de la Santísima Virgen María y su vida de intimidad con Dios a través de toda circunstancia.

Asimismo, ha de vivir intensamente la doctrina del Cuerpo Místico de Cristo a imitación de su Reina y Señora, a fin de ver a Jesús con fe viva en cada uno de los hombres, reconociendo a Cristo en cada prójimo, disfrazado con los defectos de ese hermano.

La convicción de que es siervo de la Santísima Virgen María lo impulsará cada día más al apostolado, consciente de que así ayudará a la Santísima Virgen María a cumplir la misión que Ella tiene de salvar y santificar a la humanidad, y que de ninguna otra manera puede demostrarle mejor su verdadero amor ni agradecerle más que con la solicitud o celo constante porque los hombres vivan en gracia y glorifiquen a Dios ajustando todos sus actos al beneplácito divino. Celo ardoroso que debe caracterizarse siempre por la abnegación, la dulzura y la confianza inquebrantable en la Santísima Virgen María.

6. El esclavo de la Santísima Virgen María tratará de intensificar su amor a Ella por medio de actos y sentimientos.

En cuanto a los primeros debe señalarse por el interés en estudiar a la bendita Señora para conocerla mejor y poder amarla y hacerla amar mucho más.

Debe honrarla y servirla, interesándose por su causa y abrazando con decisión las diversas obligaciones de la piedad filial.

Le demostrará su amor aceptando el sacrificio no sólo con resignación, sino con gratitud y gozo.

Cultivará los sentimientos de complacencia en la excelsitud y perfecciones de la Santísima Virgen María; de compasión por sus dolores de Corredentora, y de manera especial cultivará el sentido de gratitud para con Ella.

El esclavo tendrá siempre en la mente la doctrina de nuestra incorporación a Cristo para que se sienta más obligado a reproducir las actitudes de amor, de respeto y de obediencia, en una palabra: la conducta de Jesús para con la Santísima Virgen María.

Sobre todo no debe olvidar que para alcanzar un amor ferviente a la Santísima Virgen María hay que pedirlo en la oración.

7. El esclavo de la Santísima Virgen María ha de tener un empeño incesante de perfeccionar cada día más su unión con Ella. Unión de pensamiento, de sentimientos y de voluntad.

a) Debe gozar al unirse a su Madre por medio de las frecuentes plegarias que le dirija durante el día y por la meditación de sus grandezas.

En las oraciones que dirija al Señor, al lado de la Santísima Virgen María se encontrará más recogido, más humilde, más confiado y más amante.

b) Sus ocupaciones diarias debe ofrecerlas a su Madre para complacerla, y obtener así que nos imparta sobre cada una de ellas su maternal bendición; añadirá siempre la sumisión omnímoda a su voluntad y la total entrega al cumplimiento de sus designios.

c) Ha de hablar con la Santísima Virgen María contándole las penas y alegrías, los temores y las esperanzas, las aspiraciones y aversiones, los fracasos y los éxitos. Ha de hablar con Ella de todas las impresiones debidas a los sucesos que en su alrededor y en su interior se desenvuelven; y aún hablarle de aquellos sentimientos e impulsos que ruborizan con sólo pensar que se han tenido.

La Santísima Virgen María rectificará lo que hay de desordenado, purificará lo manchado, aliviará lo que sea doloroso, aumentará lo santo e inyectará en todo la perfección de su propio amor.

d) Pero sobre todo practicará la más importante forma de unión con la Santísima Virgen María que es la más fácil y segura: **sacrificándose siempre por hacer lo que Ella desea.**

La práctica de esta unión exige fidelidad al deber de cada momento y cumplirlo por agradecerle:

Fidelidad a las inspiraciones de la gracia que son la voz secreta de la Santísima Virgen María.

Fidelidad en la ayuda apostólica que siempre se debe prestar a la Santísima Virgen María.

Fidelidad en hacer la voluntad de la Santísima Virgen María aún en las cosas más insignificantes. Consultándole qué se debe hacer si hay lugar a opción, o como se debe obrar si el asunto está ya determinado. Ella le dará a entender lo que entonces quiere y así estará siempre amando a Jesús en nombre de María.

XIII PREPARACION A ESTA CONSAGRACIÓN

XIII.1 EN QUE CONSISTE ESTA PREPARACION

Aquellos y aquellas que quieran entrar en esta devoción particular comenzarán por emplear doce días en desprenderse del espíritu del mundo, contrario al de Jesucristo.

La falsa sabiduría del mundo no tiene nada en común con la enseñanza del Evangelio.

Jesucristo Sabiduría Eterna y Encarnada, no puede comunicarse a un alma dominada por las máximas del siglo y manchada por el pecado. La elección de los doce días preliminares será de hecho la resolución firme y constante de seguir a Jesús.

Emplearán después tres semanas (de seis días cada una) en llenarse de Jesucristo por la Santísima Virgen.

En la primera semana pedirán su propio conocimiento, a fin de renunciarse mejor a sí mismos. La renuncia es la primera obra exigida por Nuestro Señor a quien lo ha escogido efectivamente por único maestro. El propio conocimiento facilita esta renuncia porque nada mantiene más en un alma la virtud fundamental de la humildad. Cuando uno se conoce bien, cuando descubre su pasión dominante, causa de la mayor parte de nuestras faltas, se desprecia y abate sin dificultad ante Dios; está en la mejor disposición para corregirse, mejorarse y morir cada día más a su espíritu y amor propio.

Tratarán durante la segunda semana de adquirir el conocimiento de la Santísima Virgen María. Trabajo amable que nos impide preocuparnos demasiado de nosotros mismos.

Se gana mucho más en conocer a la Santísima Virgen María; en profundizar el misterio de su divina Maternidad corredentora. Ella es Madre del Redentor y de todos sus redimidos; tal es el fundamento adecuado de sus grandezas y de su única razón de ser.

María Inmaculada lleva con Jesús la misma cruz redentora, cargada con todas las iniquidades humanas. Cuando un alma ha entendido bien esto, tiene menos dificultad con su cruz personal.

Puesto que el sufrimiento entra en la existencia de la Santísima Virgen María como en la del Salvador, ¡cuántas gracias puede alcanzarnos la Santísima Virgen María para ayudarnos a llevar una vida más mortificada y en esto no pensamos suficientemente!

Pero llevar nuestra cruz, con los ojos fijos en la Santísima Virgen María más conocida y mejor amada, es una espiritualidad atrayente, y esto es precisamente lo que ha querido el santo Montfort,

proponiéndonos después, esta segunda semana que no se encuentra de la misma manera en otros maestros de la vida espiritual. Además la Santísima Virgen María está en nuestros ejercicios preparatorios, en su verdadero puesto de Madre Mediadora entre nuestra miseria y la santidad del Salvador.

Emplearán la tercera semana en conocer a Jesucristo. Para nuestro santo, conocer a Jesucristo es, aplicarse a verlo dependiente de la Santísima Virgen María en todos sus misterios, sean gozosos, dolorosos o gloriosos. Jesús no hace nada sin su Madre.

Ha querido su compañía inseparable en la alegría de la Encarnación; en los dolores de la Redención; y en toda la gloria de su obra cumplida. Este lazo de unión no aparece siempre a la primera consideración con la misma claridad, pero una contemplación continua acaba por hacerlo descubrir y nos ancla en la solidez de nuestra gracia especial: seguir por todas partes a Jesús en la vía de su dependencia mariana.

El alma cristiana sigue a Jesús en la vía de sus mandamientos. El alma religiosa lo sigue en la vía de sus consejos. Pero una y otra pueden aun seguirlo en la vía mariana que fue la de toda su vida y que continúa en la eternidad. Este conocimiento de Cristo es el más bello, más completo y más consolador.

Al fin de estas tres semanas se confesarán y comulgarán con intención de entregarse a Nuestro Señor en calidad de esclavos de amor por manos de la Santísima Virgen María.

Después de la Sagrada Comunión recitarán la fórmula de su consagración.

Sería muy conveniente que en este día pagaran algún tributo al Señor y a su bendita Madre, como penitencia por sus infidelidades a las promesas del bautismo y para demostrar su pertenencia absoluta a Jesús y María.

Este tributo puede ser según la devoción y capacidad de cada uno, bien sea un ayuno, una mortificación, una limosna, un cirio, una romería, etc., pero con un gran espíritu de fe y mucho amor, porque lo que vale ante el Señor no es el don en sí, sino la voluntad con que se entrega.

Otros actos se podrán cumplir durante la preparación para mejor disponer el alma y obtener gracias muy abundantes el día de la consagración. Entre ellos pueden servir los siguientes:

Hacer más cuidadosamente el trabajo de cada día.

Observar un mayor recogimiento evitando motivos inútiles de disipación.

Poner especial esmero en los ejercicios de piedad.

Visitar algún enfermo o a un pobre y reconciliarnos con quienes nos hayan ofendido.

Aceptar la divina voluntad de Dios en algo que nos cueste y con corazón agradecido.

Procurar no ser cruz para nadie y permanecer serenos, afables y alegres a través de las dificultades que surjan durante el día, etc.

Todos los años deben los esclavos renovar su consagración después de renovar también la preparación de las tres semanas (no la de los doce días preliminares).

Cada día, y ojalá varias veces al día los esclavos deberán renovar su entrega con la fórmula brevísima:

“Soy todo tuyo Señora y todo lo mío te pertenece”.

Hecha la consagración, los esclavos de la Santísima Virgen María se ejercitarán suavemente pero con perseverancia en la vida de completa dependencia y unión con María.

Al efecto deben procurar saludar a la Virgen frecuentemente, ya sea con un Avemaría o bien con la fórmula brevísima: **“soy todo tuyo Madre mía y todo lo mío te pertenece”**, dicha con los labios o al menos con el corazón.

Se acostumbrarán poco a poco a consultar a la Santísima Virgen María antes de sus principales acciones, a pedirle su permiso y aprobación. En los éxitos y en los insucesos dirán el Magnificat o el fiat, es decir darán siempre gracias por todo a Nuestra Señora.

Dirán a menudo el Amén a todas las intenciones y disposiciones de la Santísima Virgen María, y con frecuencia deben preguntarse:

“¿Es el espíritu de la Santísima Virgen María el que me inspira en este momento?”,

y rectificarán o agradecerán según el caso.

Los esclavos de la Santísima Virgen María leerán y meditarán con frecuencia el “Tratado de la Verdadera Devoción”, agradecerán a Dios todos los días el conocimiento de este secreto de santidad y pedirán ardientemente el reinado de Jesús por medio de María.

--- 0 ---